

REVISTA EUROPEA.

Núm. 153

28 DE ENERO DE 1877.

Año IV.

LOS PRIMITIVOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS.

I.

La nube, el ave y la semilla voladora, el inquieto pez y los brutos con su continuo vagar, encendieron, sin duda, en el hombre primitivo los deseos de descubrir por la tierra, por las aguas y los aires nuevos horizontes, y de disfrutar las puras emociones que la novedad le ofrecía. Satisfecha su primera curiosidad, con el empleo de los naturales medios de locomoción, movieronle los apetitos; y el instinto del interés y la codicia de conocer lo ignoto, le obligaron á esclavizar al cuadrúpedo de carga, y á ser inventor del buque y autor del problema, que está aún sin resolver por completo, de remontarse á la atmósfera y escudriñar sus espacios.

Constituida la familia, y á medida que la humanidad fué en aumento y crecieron las exigencias de su vida, dió forma á la posesión de la tierra, utilizando las riberas donde en la pesca encontraba el alimento, y los prados y los montes de abundante pasto para sus rebaños, y los campos que con la agricultura dieron principio á la estabilidad de las sociedades. Y cuando los límites de lo poseído fueron ya al hombre estrechos y las necesidades mayores, y creyó precisa la organización religiosa y necesaria la política, el genio mercantil y la sed de dominio y la noble aspiración de acaudalar ciencia le arrastraron después de comerciar con los vecinos y de disputarles su territorio, á los descubrimientos y á la realización de arriesgadas y aún hoy sorprendentes empresas aventureras.

Notabilísimas expediciones de atrevimiento, á veces inverosímil, nos ha dejado descritas la antigüedad, entre otras, una de las más sabias recopilaciones literarias que ya los griegos, abismados ante su grandeza, calificaron de libro de los libros, al darle el nombre de Biblia. Esta obra, divina para muchos pueblos, que aún sólo considerada como documento político religioso merece reverenciarse cual una de las más acabadas producciones de la inteligencia humana, presenta al pueblo viajero, por antonomasia (1), formando en edad remota la primera importante agrupación antropológica de la

(1) Del verbo *HABAR* (*transire*), pasar, procede el patronímico *HIBRI*, *HEBREO* ó *transiente*, hombre de paso; el que se trasladó de una parte á otra.

familia pastoril que, tras paulatino desarrollo en las clases agrícola, comerciante é industrial, se convirtió en potente nacionalidad, y cumpliendo al cabo el fatal destino que la ley del progreso impone á todo lo creado, tuvo que rendirse á la pesadumbre de las jóvenes y vigorosas generaciones históricas, herederas de sus tradiciones civilizadoras.

El punto de partida que tuvieron las peregrinaciones de aquel pueblo turbulento, quizás compuesto en sus orígenes de residuos de la muchedumbre demagógica que se reunió en Egipto después de erigir los Faraones sus más portentosos monumentos, y el ser el Nilo cuna de sabios y del caudillo Moisés, hicieron considerar las orillas del sagrado río como cuna también de los estudios geográficos. Mas la general creencia de los arios é indios y aún las indicaciones hechas por el propio Moisés, de existir en el Asia central el asiento de las primeras sociedades organizadas del mundo antiguo, y las suposiciones de que á esta parte del globo pasaran familias errantes de otra más lejana tierra oriental, que respecto de los confines del Asia parecían referirse á la americana, aumentaron la confusión de tal modo, en la sucesión de los tiempos, que aún hoy, y más que nunca quizás, aconseja la prudencia gran parsimonia en la emisión de opiniones sobre el primer domicilio de la geografía, ó sea la familia humana; opiniones que, aún cuando vagas como necesariamente serían estas, sientan mal en los estudios históricos, que de sí exigen sobriedad en los juicios.

Lo que no admite duda, ni violentará jamás la credulidad de los positivistas, es que las aspiraciones humanas, incitadas por la posesión de lo desconocido, se inclinan constantemente, para obtenerla, á vencer los obstáculos de sus horizontes naturales. Unas colectividades la procurarían sin duda, en calidad de pastores; cual los hijos de Sem de Moisés, ó en otras formas como los industrioses descendientes de Cham y la espiritualista y belicosa prole del Japeto de los griegos, fundadora de los actuales pueblos indo-europeos. Pero lo que la tradición histórica presenta ya ménos nebuloso, es que estos pueblos, establecidos en los confines de Asia y de Europa y empujados siempre por el amor á lo nuevo, siguieron al Occidente sus expediciones, cual aquella de los argonautas, buscadores del vellocino de oro, que en bellos versos legaron los antiguos á sus sucesores; valiéndose

quizás de este medio para que el hecho memorable resistiese mejor las injurias de movedizos tiempos, sin pensar que la posteridad, celosa de sus timbres verdaderos, jamás les perdonaría el desgraciado propósito de confiar á los poetas, nunca muy buenos amigos de la historia, la importante misión de narrar los grandes sucesos humanos.

Homero, sin embargo, presentado en sus escritos geográficos á los *Tártaris* ó habitantes del mundo inferior (zona tórrida y hemisferio meridional) como enemigos de los dioses, algo de provecho dejó á las generaciones venideras; pues ya dió á entender que Grecia, apartándose de la unidad religiosa del Oriente, tenía sus divinidades nacionales: y al condenar el comercio íntimo de las privilegiadas gentes de procedencia caucásica con las de color ménos pálido, demostró perfectamente que ni la sociedad del tiempo del poeta, ni las nacionalidades de su raza creían conveniente asimilarse á otras tenidas por inferiores.

Mas en cambio de estos preciosos datos, ¡cuán graves y trascendentales errores no apadrinó Homero! Calcando las ideas de otros geógrafos que le precedieron, situó su pueblo en el centro de la tierra; y domiciliando el Olimpo en Grecia, no hizo sino copiar á los indios que en remota edad santificaron su monte Merou. Asimismo les copió la forma del mundo, figurándole en un disco rodeado de aguas, como embelleció con rasgos de su rica imaginativa la creación en el fantástico país de las nieblas del Elysium, morada de los *macrobianos*, ú hombres de larga vida, favorecidos por los dioses con dichas perennes; y la supuesta existencia en otras apartadas latitudes de la flotante isla de Eolo y de la fabulosa Circe.

No fueron más felices, ni merecieron mucha mayor gratitud de la ciencia, aquellos otros geógrafos que, imitando al gran poeta, trataron de dar á conocer la forma de la tierra por la que su fantasía creara. Prueba de esto se tiene en la descripción de Anaximandro, comparándola con un cilindro; en la de Leucipo, que la presentó en figura de un tambor; en la navicilla de Heraclides, en la forma cúbica de otros, y en la elevada montaña cuya base se perdía en el infinito y la cúspide en los astros, que por miriadas giraban en contorno, según la suposición de Jenofanes y Anaximenes.

Estos errores, hijos de la imaginación, explotados por los fanatismos religiosos, se disiparon á medida que los viajes fueron más extensos y frecuentes. No poca luz dió á la ciencia Herodoto, comunicando las propias impresiones que recibió en los que hizo desde Persia á Italia y de Rusia al Nilo; siendo en el día de inapreciable valor cuanto dijo de los *nasamones* africanos, que habitaban en la vecindad de lo que hoy es Túnez, y tenían por costumbre la de

ceder las novias á los convidados el día de la boda, cual se vió en algunas Antillas al descubrirlas los españoles; y lo que refirió respecto de la habilidad de los *psyllos* para fascinar á las serpientes, parecida á la que más tarde se vió en los indios de la América del Norte.

Las arriesgadas expediciones de Hanon, más allá de las columnas de Hércules ó estrecho de Gibraltar, que le hicieron conocer la region de los monos *gorilas*, ó salvajes de cuerpo velloso, con quienes intentó el marino cartaginés establecer tratados de comercio, y la fortuna de poder bojear alguna de las islas donde se suponía existir la Atlántida, y serían sin duda las Canarias, disiparon también muchas tinieblas; y quizás hubieran ya inundado de abundante luz la geografía si el Senado de Cartago, desatendiendo las indicaciones del descubridor que le propuso aquellas islas para residencia del gobierno de la república en los adversos casos de extremo peligro, no hubiese prohibido con pena de muerte á sus súbditos la navegación por el Océano; temeroso, sin duda, de que las gentes, seducidas por las bellas descripciones de Hanon, debilitasen, emigrando en gran número, las fuerzas que necesitaba para mantener su rivalidad con Roma.

De aquel tiempo y de otros poco posteriores parece datar la creencia de que al Occidente había extensísimas tierras, acaso hácia las partes mismas donde Homero situó su Eliseo é islas fabulosas, y otros la renombrada Atlántida. Por allá suponían que estaba el magnífico templo radiante de oro (cual el de los Incas del Perú), donde se adoraba al gran Dios por un pueblo más numeroso que los de Asia y Europa reunidos; cuyo templo era punto ménos que imposible reconocer, porque para aportar en las riberas de su territorio habían de vencerse por las naves los peligros casi insuperables que oponía un golfo cuajado de yerbas marinas (las del mar de sargazo sin duda), y afrontar á los salvajes habitantes de aquellas regiones, que en costumbres y circunstancias se les vió más tarde coincidir con los naturales americanos.

También de antiguas épocas datan las suposiciones de Platon, Escillax y Aristóteles respecto de las Indias, cuyas costas, á su de cir, sólo el Océano las separaba de España, cual lo comprobó Colon cerca de dos mil años despues. Tan presentes tuvo éste en sus descubrimientos las ideas de aquellos sabios, que muchas veces le entorpecieron; y á no acoger tan en absoluto cuanto fantaseó la antigüedad sobre las Gorgonas y las Hespérides, que algunos creyeron reconocer luégo en las islas de Cabo-Verde y las de América, separadas entre sí por cuarenta días de navegación, según las afirmaciones de Estacio Seboso, tal vez á sus atrevidas naves las hubiese fijado otro rumbo el gran marino.

Necos, rey de Egipto, enviando marineros fenicios á recorrer por el mar Eritreo ó Rojo las costas meridionales de sus dominios, consiguió averiguar que en tres años se daba la vuelta al Africa; y Alejandro el Magno, lanzando expediciones en el Océano, extendiendo el comercio con la India, y obligando á emigrar á pueblos enteros ó á trasladarse de sitio para facilitar sus conquistas, á la manera que los Incas del Perú usaban de las llamadas *mitimaes* cuando determinadas agrupaciones ó provincias discolas se oponían á la quietud de sus Estados, aumentó considerablemente los conocimientos geográficos.

En virtud de estos movimientos humanos, se supo entónces de unos indios que de la nariz y orejas colgaban zarcillos de metal como ciertos naturales de América; que en la Escandinavia se empleaban en los entierros procedimientos parecidos, si no iguales, á otros del Nuevo-Mundo, y que en las costas de Africa existían trogloditas, ó habitantes de las cavernas, alimentándose de mariscos y sirviéndose en sus industrias de instrumentos, cuyo examen tiene ahora en profundas cavilaciones confundidos á los actuales partidarios de la ciencia *prehistórica*. Y en el entretanto, en ninguna parte eran más escasos los descubrimientos que en el interior de esa misma Africa, quizá porque las arenas del desierto mal y difícilmente podían satisfacer la codicia de conquistadores y comerciantes. Pero unos con propósito dado, y otros por mera inclinación ó instinto, desde que la Europa se comunicó más frecuentemente con Asia, todos parecían perseguir la idea de realizar descubrimientos en las más remotas regiones que la fábula alimentaba; y unas veces las necesidades de la guerra y otras los deseos de reunir bellas mujeres y raras curiosidades para satisfacer caprichos de potentados y de ociosos, hicieron arrostrar los riesgos del *simoun*, y perturbar la region de las fieras á los esclavos de la ambición y del lucro.

Estrabon y otros geógrafos describieron pueblos del Norte de Europa, cuyos caudillos mostraban tanta afición á reunir en sí los atributos de Pontífice y de Rey, como los actuales Czares de Rusia, y se ocuparon de los salvajes de Escocia, que llevaban los cuerpos pintados tan caprichosamente como caprichosos son los trajes que aún hoy usan; remontándose á aquellos tiempos las noticias sobre la isla de Taprobana ó Ceylan, de inmenso territorio segun la descripción de Ptolomeo; la de la gran Catigara, depósito mercantil de los *sinos* (chinos) en Siam, y la de los pueblos donde vivían las mujeres en comunidad, como las de los turcos. En tales épocas corría aún la idea de que eran todos los mares grandes lagos, cual se tenía al Caspio y se suponía al Mediterráneo, que tomó sin duda este nom-

bre de Tirreno, ya ántes de que por accidentes desconocidos, la gran montaña que servía de dique á las aguas del Océano se convirtiera en los hachos de Gibraltar y de Ceuta.

Removiendo despues Roma los pueblos con sus guerras, y comunicando la agitación á lejanos territorios, preparó las emigraciones de los habitantes de países estériles, que al enterarse de la existencia de otros de rica naturaleza y de más apacible clima, y productores de la opulencia que admiraban en los jefes de las huestes romanas, en su busca viajaron, siguiendo tal vez los mismos itinerarios y las vías militares con que el gobierno de la gran metrópoli facilitó las comunicaciones con el interior de sus tierras.

Poco hizo Roma, sin embargo, para que por otros medios se perfeccionase en su tiempo la geografía; aunque la sed de goces y los consiguientes deseos de aumentar la variedad de objetos que los proporcionaban, mucho la obligaron á fomentar el comercio. De la China, que suponía preceder á otra gran tierra oriental (quizá á la de América), disfrutaron los romanos el *Sericum* ó estofa de seda, que sus mujeres deshacían hebra á hebra para tejer las gasas transparentes, con que más á sabor del público mostraban sus encantos; en la India y en otros puntos del Asia encontraron los productos que mejor excitaban sus estragados apetitos, y desde el Occidente trasladó tambien á Roma aquel pueblo polideista, la fábula que al viejo Saturno, padre de Júpiter y del mundo, atribuía en la edad de oro dominio en las islas Afortunadas del gran mar occidental, que suponía cuna de los dioses y campo en donde se riñó el combate de los Titanes. ¿Procedería esta fábula de alguna antigua tradición que intentase explicar el fenómeno geológico, relativamente moderno, que modificó la forma de los Andes meridionales? ¿O tendría origen en noticias traídas de la América al viejo mundo por marinos que las corrientes arrastraran hasta las costas de Africa ó de España, y allí hablasen del templo de oro y de grandes monumentos monolíticos, como aquellos que para adorar á su Dios construyeron los peruanos ántes de someterse al dominio de los Incas? Horacio, el más filósofo de los poetas latinos, ocupándose en sus versos de las regiones oceánicas, contribuyó y no poco á vulgarizar en Roma la existencia de aquellas tierras.

Las guerras de los judíos, que trajeron al Occidente las tradiciones hebraicas, las de los parthos que interumpieron el comercio que con la China se hacía por el Balk, y las demas que Roma sostenía con otras naciones del Nordeste de su imperio, desparramaron por éste gentes de todas procedencias, formando el pavoroso séquito que consigo lleva siempre la ruina de las nacionalidades, y faci-

litaron aquella formidable invasión de los bárbaros que cual impetuosa avalancha inundó la Europa entera.

Entre ellos los hunos, ó *hio-gou* de los chinos, que dos siglos ántes de Jesucristo habitaban las vecindades del estrecho de Behring próximas á la América septentrional, con cuyos naturales tenían tanto parecido, recorrieron hácia el año 300 de la era cristiana el territorio de los chunos del Caspio, y el de los rusos, y el de la Huia ó Hungría hasta la Galia pirenaica, en seguimiento de los aventureros godos. Éstos, de cuyo carácter tomamos mucho los españoles, trajeron al extremo Occidente del mundo de entónces, con los derechos de la individualidad humana, los principios llamados liberales por las sociedades modernas; y unos y otros y los demás invasores, que con ellos mezclados asistieron á la larga agonía del imperio romano, lograron contener, con el contrapeso de su naturaleza enérgica y vigorosa, las viciosas corrientes de aquel pueblo envilecido por las malas costumbres que la fácil prosperidad engendra. La oportuna presentación de los bárbaros cuando las masas populares del grande imperio se afiliaban en el cristianismo, salvó la existencia de las más preciadas conquistas civilizadoras, hechas por la raza latina en su portentoso desarrollo; y mostró patentemente, como enseñanza histórica, que cuando las instituciones del hombre han llenado su misión en la ley del progreso, caen, se modifican ó desaparecen, obedeciendo á las necesidades de renovación y transformación que, para mantener la actividad vital, impuso la naturaleza á todo lo creado.

Asentados los conquistadores sobre las ruinas de las instituciones que contribuyeron á destruir, empezaron á edificar, mezclando con los restos de aquella civilización su propia rudeza y las ideas cristianas, que aceptaron, á pesar de oponerse sus principios de unidad universal, copiados acaso de Roma y de otros pueblos meridionales, á los principios individualistas que del Norte traían. De esta suerte la ley del progreso, cuya acción pareció interrumpirse durante los desastrosos momentos de la lucha, siguió rigiendo con el nuevo aspecto que, siempre con rumbo fijo á la perfección humana, el paganismo, el cristianismo y el germanismo unidos la imprimieron.

Los más ardientes sectarios de la nueva idea cristiana, partiendo de los conocimientos salvados del reciente naufragio, ora por los intereses de la religión movidos y tal vez por los mercantiles, animaron notablemente la desatendida geografía. Pruébalo aún hoy el planisferio que en el siglo VII hizo un geógrafo de Rávena, quien ya en el Océano Atlántico y enfrente de las costas de Africa figuró unas islas, donde suponía que habitaban los fabulo-

sos antípodas, y que eran de imposible acceso por impedirlo los abrasadores rayos del sol; cuyas islas no serían, de seguro, las Canarias de apacible y templado clima: y pruébanlo también las numerosas noticias de adelantos geográficos reunidas en sus peregrinaciones por los monjes cristianos.

En ellas continuaron éstos la interrumpida comunicación de Roma con el Oriente y el Mediodía, ya partiendo de Egipto, ya de Jerusalem; y cuando á mediados del mismo siglo VII empezaba el mahometismo á hacerse imponente, fueron aquellos valerosos propagandistas á combatir su doctrina y á ponerse en relación con reyes y caudillos de antiguos pueblos asiáticos, á quienes creían más dispuestos á seguir á Jesucristo que á Mahoma, porque observaban ritos parecidos á los de la religión cristiana, cuales eran los que desde muy remotas edades tomaron de los principios de Zoroastro ó de la adoración y culto al Jehová de Moisés.

Pero quien verdaderamente extendió á la sazón los conocimientos geográficos fué el pueblo árabe. Impulsado por el fanatismo religioso, ensanchó los límites de escondidos pueblos, hasta Mahoma ignorados, en Asia y en Africa, que los califas mandaron luego describir á sus sabios; y aún en el Océano se lanzaron, saliendo algunos de Lisboa, en busca de las tierras que á su juicio formaban la otra ribera del tenebroso mar. Si llegaron allá, ó perecieron todos en la demanda de aquellas costas, no lo contó la historia del mundo viejo; pero las tradiciones recogidas por los españoles al conquistar el Perú, haciendo remontar á esa época ú otra muy inmediata la llegada allí de los hombres de la camisa larga que fundaron el imperio de los Incas, dan lugar á la suposición de que algún nacido en esta parte visitó por entónces la América.

En esos continuos flujos y reflujos en que parece la humanidad impresionada por la fatal acción de una causa sin nombre, que así pudiera llamarse magnética como electro-terrestre ó providencial, y resultado de combinaciones especiales ejercidas en el planeta por elementos de su propia composición, ó por los cuerpos celestes á él más inmediatos, ó por la universalidad de lo creado que, dada cierta situación de equilibrio, de distancia, de densidad, tiene por la ley absoluta señaladas precisas consecuencias; en esos flujos y reflujos y acciones y reacciones, se ve á esa humanidad, á las veces toda con un propósito, con una pasión, con un *desideratum* inexplicable, correr paralelamente al Ecuador en ciertos movimientos religiosos, como comprendiendo que hay influencias sólo propias de determinados grados de latitud; en otras, y en otras circunstancias desbaratar movimientos políticos y de conquista, en direcciones oblicuas al Polo, ú otras opuestas, y destruir inmensos planes realizados por otra huma-

nidad, su predecesora en la sucesión del tiempo. Así incitados, corrieron incontables millones de árabes como poseídos del vértigo, desde Asia al Egipto, para hacer desandar, modificándolos, algunos de los preceptos religiosos de Moisés, y aún rebasaron el Egipto y no se detuvieron hasta que el insuperable valladar del Océano les impidió seguir; y tal corrieron también hasta llegar á la extremidad oriental, y á los propios países de donde los bárbaros partieron, unos siglos ántes, para destruir á Roma. Allí, en los confines de la India, hicieron alto, para ver adorar al sol en una casa de la *felicidad*, donde se distribuían víveres á los pobres y medicamentos á los enfermos como en los templos de los Incas del Perú; y para enterarse por los chinos de que los *yang-thung* del Thibet usaban, á falta de escritura, cortes en pedazos de madera ó nudos en ciertas sogas, como los mismos peruanos.

En tanto que los árabes cambiaban el modo de ser de las principales nacionalidades contemporáneas suyas, los aventureros godos, que en el Sudoeste se vieron atajados y sin campo que recorrer por haberlo invadido todo aquellos, se inclinaron al Norte; y ya como normandos, ó con otros nombres, ejercitaron su atrevimiento en las inexploradas tierras septentrionales. Partiendo de la Escandinavia, en el siglo IX, fueron atraídos por las ballenas que perseguían y motivaban sus arriesgadas expediciones á la fría Thule ó Islandia; donde impresionada su fantasía por el sorprendente fenómeno de los *geisers* ó volcanes de agua caliente, inventaron fábulas sin cuento, y avivando estas maravillas su curiosidad, atrevidos y valerosos, venciendo los peligros de un mar enfurecido y cuajado de helados escollos, aportaron ya en el siglo X, primero Gumbiern y después Erico Rauda (ó el Rojo), á la tierra que por su verdor llamaron Groenlandia.

Allí establecieron los escandinavos sus colonias, como ántes en la isla de Thule, que luego sólo fué punto de escala: allí crearon también una diócesis, dependiente de Noruega, que pagaba á la Santa Sede, en concepto de diezmo, y á falta de oro, un tributo anual de dos mil libras de dientes de *morsa*; y desde allí bajó uno de aquellos obispos al punto de los 49 grados de latitud, que nombró Marklandia, y debía corresponder al extremo oriental del Canadá, en la desembocadura del gran río San Lorenzo, y luego á la Vinlandia ó tierra del vino (la actual Pensilvania sin duda), donde trató de cristianar á aquellos naturales, como ántes á los *skrelingas* groenlandeses que, resistiéndose, riñeron rudas batallas, y sólo se prestaron á hacer con los invasores comercio de pieles, conservando su viejo paganismo. Tales colonias hácenlas desaparecer las tradiciones y suposiciones de la gente del Norte, al rigor de influencias climatológicas y de eventuali-

dades extraordinarias sufridas después que en el siglo XIV visitaron aquellas partes los italianos Antonio y Nicolás Zeno; cuyos mapas y noticias se ha intentado asegurar que grandemente encendieron en Colon sus ya vehementes deseos de probar á la Europa que existía otro mundo.

A la acción avasalladora de la muchedumbre árabe siguió la reacción dirigida por Temucin ó Gengiskan. Partiendo éste de los límites de las regiones sometidas por los sectarios de Mahoma, se lanzó, cual torrente desbordado, sobre ellos, arrebatándoles los ricos despojos de sus conquistas y persiguiéndoles y dominando desde el Japon hasta Hungría; de donde sus rudos mogoles esparcieron por los confines occidentales, mezcladas con el terror que su fiereza infundía, inapreciables noticias sobre desconocidas partes del Asia, y comprobaciones exactas de las comunicadas el siglo anterior á la Europa por el navarro judío Benjamin ben Jonáh de Tudela.

Los alarmados pueblos católicos obligaron entonces al Papa á enviar misioneros, que con sus predicaciones contuviesen al invasor, y á impeler las Cruzadas, emprendidas unos años ántes por Roberto de Normandía contra los enemigos del cristianismo. Algunos de los misioneros no pararon hasta la Tartaria, llegando uno de ellos á titularse obispo de Pekin; y entre todos trazaron la senda que tras ellos fueron siguiendo, aquel siglo y sucesivos, los viajeros Ascelino, Rubruquis, Pegoletti, Pascalis, Marco Polo, Mandeville, Doria, Ugolino Vivaldi y otros. Y las Cruzadas, en su larga duración de doscientos setenta años, matando el feudalismo, aceleraron la civilización y dieron vida á las nacionalidades modernas; y aún peleando, suavizaron la rudeza de los conquistadores asiáticos, que si bien aprovecharon las disidencias intestinas de la familia cristiana para hacerse dueños de Constantinopla, se rindieron en cambio á las exigencias del comercio de ideas y de efectos entre Occidente y Oriente, y acabaron por autorizar las comunicaciones mercantiles.

Quien más noticias trajo á Europa, entre aquellos viajeros, fué Marco Polo. Por sus expediciones en Asia, verificadas durante el último tercio del siglo XIII, se conoció el modo peregrino de ejercer la hospitalidad que los habitantes de Khamul tenían, cediendo á los viajeros sus hijas y mujeres; y las costumbres de Thibet, donde quedaban sin desposar las doncellas que no probaran, con presentes de algún extranjero, haber dado ya á conocer sus más secretos misterios amorosos; y las de Caridi, donde los esposos guardaban cama cuarenta días después del parto de sus mujeres, cuidando al recién nacido, y cuyos habitantes se cubrían los dientes con láminas de oro y curaban sus hechiceros las

enfermedades con cantos mágicos y bailes extravagantes. También por Polo se supo la antigua práctica de ciertos chinos que, á la muerte de sus principales personajes, quemaban con el cadáver trozos de papel en representacion de esclavos, de caballos y de monedas de oro, lo cual implicaba gran superioridad respecto de otros muchos pueblos de la época, en que no eran aparentes sino reales estos sacrificios. Por el mismo viajero se conocieron las aficiones que, quizás haciendo alguna alusion, atribuía á los sacerdotes indianos, de dar marcada preferencia en sus afectos á bayaderas y cortesanas sobre las doncellas que, sin duda, mejor lá merecían. Y el mismo Polo, aparte de estos datos, bastante análogos algunos con otros que despues se recogieron en América, no excusó hablar del país de las tumbas; y refiriéndose á la Siberia ó á la ya conocida Thule, hizo indicaciones, que no rechazaba, sobre la existencia de un Imperio inmenso, situado en remota region, que otra no podía ser sino la americana.

Avivado el espíritu mercantil y aventurero por las relaciones de aquellos exploradores, desarrolló considerablemente la afición á viajar. Los españoles, que jamás midieron el peligro en la satisfaccion de sus deseos, se lanzaron á fines del siglo XIV por las costas de África en busca de lo desconocido, á donde les siguieron los portugueses poco despues, y en tanto que D. Enrique III de Castilla, entendiéndose y cambiando presentes con Tamerlan, encendía más aquellas aficiones y empujaba curiosos hácia los dominios asiáticos, de donde los extraños regalos del Khan procedían.

En los principios del siguiente siglo obtuvo España, por el conquistador Juan de Bethencourt, la posesion de las islas Canarias, ya bastante conocidas; cuyo suceso, que puede tenerse por principio de la moderna época de los viajes y descubrimientos, fué el primer paso dado en el camino de las Indias Occidentales ó América. Tras él reconocieron los portugueses á Porto Santo y las Azores; trasladaron del cabo Bojador á Lisboa negros idólatras de pelo rizado, distintos de los atezados que hasta allí habían conocido; llegaron al Senegal; descubrieron en la desembocadura del Gambia las islas de Cabo Verde y la de Arguin, donde instalaron su primera compañía para hacer el comercio de esclavos; recorrieron la costa de Guinea, Sierra-Leona y el cabo Mesurado; y siempre en seguimiento de la India, doblaron en 1486 el cabo de las Tormentas, que D. Juan II de Portugal nombró de Buena-Esperanza, por la grande que tenía de haber con ello asegurado y serle en adelante fácil de realizar su propósito.

Y al tiempo que los portugueses vencían los obstáculos de esta peligrosa empresa, Cristóbal Colon,

á quien el rey lusitano había desatendido y hasta entónces escuchado muy poco los Reyes Católicos, ocupados en la unificacion de la nacionalidad española, envió á su hermano Bartolomé á rogar al rey de Inglaterra, mientras él suplicaba á Fernando é Isabel, que se dignase aceptar el obsequio de todo un mundo. Pero al inspirado marino se le rechazaba, porque no se le comprendía. Él soñaría constantemente, sin duda, en cuanto Solon, Aristóteles, Diodoro Sículo, Posidonio y otros dijeron en lo antiguo sobre tierras oceánicas, situadas hácia el punto donde Platon supuso su Atlántida; él, en los ratos de piadoso recogimiento, recitando para sí los salmos bíblicos, recorrería en su imaginacion el camino que debió seguir la tribu judía desaparecida en tiempo de Salmanasar; y para consolarse en sus aficciones murmuraría, tal vez, despues de cada negativa, éstos proféticos versos de la Medea de Séneca el cordobés:

Vendrán al fin, con paso perezoso,
Los siglos apartados, en que el hombre
Venza del mar Oceano las ondas,
Y encuentre al cabo dilatadas tierras.
Descubrirá otro Típhi nuevos mundos,
Y no más será Thule el fin del orbe.

Perseverando en su fe, alentada con los supuestos de la carta dirigida á los corintios por San Clemente, tanto como por los escritos de Plinio, Claudio Eliano, Apuleyo y Orígenes, y las noticias que sobre las expediciones de los escandinavos á la Groenlandia recogió en 1477 al recorrer los mares del Norte de Europa, logró adquirir el inspirado marino tal fuerza de conviccion, que, consiguiendo comunicarla á los magnates, á quienes pretendía inmortalizar interesándolos en su obra, obtuvo por fin alguna proteccion, aunque exígua, al concederle los Reyes Católicos la pequeña armada con que emprendió su viaje. Con ella salió del puerto de Palos de Moguer el 3 de Agosto de 1492, y aportó el 12 de Octubre en la isla Guanahani, una de las Lucayas y primera tierra de aquellas Indias en que tanto tiempo soñó, á las que las circunstancias ó la fatalidad le negaron dar un nombre por el que todas las generaciones recordasen el suyo.

Abierto aquel camino á los aventureros legados por la Edad Media á la moderna, y conocido el ancho campo donde codiciosos y amantes de novedades podían en breve espacio reunir riquezas y la suma de emociones que pretendían, por él se deramaron los más osados y, para desgracia de las sencillas gentes que las nuevas tierras habitaban, no los mejores ni más escogidos elementos de los que la sociedad española contenía, ni los más convenientes y propios para la sumision, asimilacion y gobernacion de unas nacionalidades constituidas, como lo eran gran parte de las que los americanos formaban.

Hasta 1498 no puso Colon el pié en la tierra firme de sus Indias, que hácia 1507 empezó la Europa á llamar tierras de Américo, ó Américas, en vista de las vivas descripciones que el florentino Américo Vespucci hizo de la region continental, que con Ojeda reconoció, poco despues que Juan Cabot descubriese por el Norte á Terranova y las costas de la Marklandia de los escandinavos, y casi al mismo tiempo que el portugues Vasco de Gama visitaba la Cafrería y Mozambique, y que su compatriota Cabral, viajando como él hácia la India, fuese arrojado por una tempestad á las mismas partes, que llamó del Brasil, donde Ojeda y Vespucci estuvieron.

Desde este suceso en adelante, se vió ya á toda la Europa invadida por la fiebre de los viajes. Mientras los portugueses completaban el bojeo del Africa oriental, reconociendo á Calicut, Malabor, Goa, Cormandel, y llegando hasta el Mar Rojo, Cotterreal costeó la tierra del Labrador en la América del Norte hasta el estrecho de Anian ó Hudson; descubrieron Juan de Nova la isla de Santa Elena, Almeida á Ceilan, Tristan de Acuña á Madagascar, Sequeira á Sumatra y Malaca; y Solís, dirigiéndose en busca de un paso de comunicacion entre el Océano y el Pacífico, murió despues de reconocer las márgenes del rio de la Plata, sin poder dar fin á la empresa que diez años más tarde (1520) inmortalizó á Magallanes.

Atravesando éste el estrecho de su nombre, dejó abierto un segundo camino, distinto del que seguían los portugueses, para ir á las Indias Orientales; y ya en la mar del Sur descubrió las islas de los Ladrones, y las Filipinas, donde pereció villanamente asesinado: debiéndose á tan triste suceso el muy glorioso para la marina española de ser la primera en dar la vuelta al mundo, cual la dieron algunos de los compañeros del inteligente marino. Poco ántes de esto iba Ponce de Leon á la Florida, y Vasco Nuñez de Balboa, trepando por los escabrosos Andes de Panamá, contemplaba asombrado, desde su elevada cumbre, la inmensidad del mar Pacífico ó del Sur, que Perez de la Rúa costeó hasta el Perú luégo y casi al tiempo en que el portugués Fernando de Andrada conocía la China, y Juan de Grijalva el Yucatan en la Nueva España, donde ya en 1519 Hernan Cortés adquirió nombre imperecedero como primer conquistador del continente americano.

La fama de las riquezas encontradas por el héroe extremeño, acrecieron considerablemente aquella devoradora fiebre, y avivaron y multiplicaron el número de los feroces corsarios y ladrones de la mar, salidos generalmente de los ménos afortunados descubridores extranjeros, que á poca costa pretendían enriquecerse. Tal actividad se desplegó

en las empresas marítimas y de conquista, y tan rápido desarrollo tuvieron, que en pocos años se visitaron, si nó todas, las más principales regiones de la América. A los cuatro de haber dado Cortés á México el nombre de Nueva España, reconoció Verazani dilatadas costas septentrionales; empezó Pizarro la conquista del Perú, descubrió Bermudez las islas de su nombre, estuvieron los españoles y portugueses en la Nueva Guinea, ya de años ántes conocida; y al tiempo que éstos se engolfaban en las inexploradas soledades del Pacífico, recorrían las gentes del mismo Cortés las tierras de Acapulco y de la California, é iba Alvaro de Saavedra al Maluco, á Ternate y á instalarse en la Nueva Guinea, para empezar la conquista de las Filipinas, que á poco se confió á Legazpi.

Seguidamente fué al Canadá el frances Cartier, á Chile Almagro, Cabrillo al cabo Mendocino, Moscoso Alvarado al interior de la América del Norte viniendo las corrientes del caudaloso Missisipi; y otros navegantes, enviados por el virey de Méjico hácia las latitudes de la actual Polinesia, animaron á Alvaro de Mendaña á buscar en aquellas partes las islas de Salomon (1567).

II.

Desde esta época empieza á ocuparse el manuscrito, que se da á luz por vez primera (1), y trata de los tres viajes que al efecto de descubrir, reconocer y poblar las islas del mar Pacífico, situadas en los grados intertropicales comprendidos entre las costas americanas y las del Archipiélago Filipino, se verificaron en los años de 1567, 1595 y 1605.

Dos copias he podido disfrutar del curiosísimo códice que refiere estos viajes; una que se conserva en la biblioteca particular de S. M., y otra en la del ministerio de Marina; ambas escritas, al parecer, por la misma mano y con epígrafes de otras letras, diferentes cada cual, y en ninguna con la verdadera expresion del contenido.

El profano que primeramente conoció la que existe en el real Palacio, y acaso dispuso la encuadernacion del libro, despues de adicionarle una especie de prólogo, le tituló asi: *Varios diarios de los viajes á la mar del Sur y descubrimientos de las islas de Salomon, las Marquesas, las de Santa Cruz, Tierras del Espíritu Santo y otras de la parte Austral incógnitas, ejecutados por Alvaro de Mendaña y Fernando de Quirós desde el año de 1567 hasta el de 1606, y escritos por Hernan Gallego, piloto de Mendaña.* Si el error de llamarle á Quirós Fernando no

(1) *Historia del descubrimiento de las regiones australes hecha por el general Pedro Fernandez de Quirós, publicada por D. Justo Zaragoza; tomo I, al cual sirve de prólogo el magnífico estudio que publicamos y que debemos á la buena amistad del Sr. Zaragoza.*

fuese motivo bastante para aplicar el calificativo de profano, lo justificaria suficientemente la ignorancia que demuestra en el asunto quien se propuso ilustrarlo, al atribuir á Hernan Gallego la intervencion en sucesos ajenos á su persona y posteriores á su tiempo, como podrá observar el lector desde el principio del primer capítulo. Tales equivocaciones, nacidas del descuido, fueron sin duda la causa de que, cuantos no hojearon bien ó muy á la ligera leyeron ántes de ahora en la *Biblioteca Oriental y Occidental*, de D. Antonio de Leon Pinelo los artículos referentes á Pedro Fernandez de Quirós, estuviesen privados hasta el presente de conocer en conjunto, cual el libro ofrece, los viajes á regiones australes que incompletos y por partes publicaron en su tiempo el doctor Antonio de Morga en los *Sucesos de las islas Filipinas*; el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa en la obra titulada *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete*, y Fr. Juan de Torquemada en su *Monarchia Indiana*.

La copia que posee el ministerio de Marina lleva en la cubierta, con errores tambien, aunque no tan graves como los de la otra, este epigrafe: *Dos relaciones del viaje del ilustre Alvaro de Mendaña en el descubrimiento de las islas de Poniente á Salomon.—Año de 1567.*—Lo cual no es tampoco exacto; porque son tres y no dos las relaciones á que el manuscrito se refiere, y porque esta fecha no corresponde más que á la primera. Esto no lo tuvo presente el que la escribió, quien en las enmiendas y supresiones acotadas en varios capítulos, dió á entender claramente su propósito de imprimir la obra. El desconocido, quizás marino, que tal hizo, dividió para aquel objeto, con verdadero acierto é inteligencia, en tres partes el escrito. Formó la primera con los tres primeros capítulos, que se ocupan del viaje de Mendaña y Hernan Gallego á las islas de Salomon; la segunda con los treinta y siete capítulos siguientes hasta el cuarenta inclusive, en los cuales se refiere el segundo viaje hecho por el mismo Mendaña con el piloto mayor Pedro Fernandez de Quirós; y la tercera, con el resto del manuscrito, que trata exclusivamente de la expedicion llevada á cabo por Quirós, en calidad de jefe ó general, á las tierras Australes del Espíritu Santo.

Del autor de tan curioso trabajo literario me ocuparé en la tercera parte de este Prólogo; y respecto de los primeros navegantes que recorrieron los mares y visitaron las islas descritas en distintas fechas posteriores por Biron, Walis, Carteret, Cooke, Clark, Bouganville, Surville y otros, diré en el tomo segundo de esta obra cuanto sea pertinente al caso. Ahora, y para responder de antemano á cuantos han dudado si con anterioridad á los descubrimientos de Abel Tasman se conocía lo que lla-

man hoy Australia, sólo transcribiré las siguientes palabras con que Malte Brun expresó su opinion: «Tantas pruebas conformes,» (dice el gran geógrafo, refiriéndose á los mapas hechos en el siglo XVI, que existen en Londres, y á la Hidrografía de Juan Rotz) «no permiten dudar que en el primer entusiasmo por los descubrimientos, despues del viaje de Magallanes, visitaron los españoles y portugueses las partes septentrionales de la Nueva Holanda, sobre un siglo ántes del supuesto descubrimiento de los holandeses; y es tambien probable que descubrieran la parte oriental, que posteriormente visitó el capitan Cooke.» Esto, que conviene probarse y procuraré conseguirlo en el segundo tomo, se indica ya en la última de las tres relaciones de este manuscrito.

La primera de ellas, que da principio al libro é inaugura los descubrimientos de las regiones australes, refiere en sucinto extracto el viaje que con el piloto mayor Hernan Gallego emprendió Alvaro Mendaña de Neira. Sobrino éste del licenciado Lope García de Castro, que por vacante del virey del Perú gobernó aquellos extensísimos territorios desde Setiembre de 1564 hasta Noviembre de 1569, pudo disponer de todo el apoyo que la posicion de su pariente le ofrecía, y con tal ventaja habilitar fácilmente la armada que, saliendo del Callao de Lima á fines del año 1567, reconoció, entre otras, durante los doce ó trece meses invertidos en las exploraciones, las islas que en conjunto llamó de Salomon; algunas de las cuales, como Guadalcanal y Santa Isabel, señalan aún los mapas con los nombres que les dió. En esta última, llamada Samba por sus naturales antropófagos, tuvo ya Mendaña necesidad de construir un bergantin, para suplir á otra de sus averiadas naves, con el cual se hicieron algunos descubrimientos. Mas á poco de haber reconocido aquellas partes el atrevido navegante, que con sus valerosos compañeros iba á la ventura y sin recursos corriendo los azares de un mar inexplorado, hallándose con los buques maltrechos, y sin bastimentos, todos por las duras fatigas cansados y abatidos, determinaron regresar al punto de partida. Venciendo mil peligros y tras larga y penosa lucha con los elementos y las necesidades, consiguieron surgir en el puerto mejicano de Santiago, por otro nombre de Zalagua, en Enero de 1569, y en los del Perú á mediados del mismo año; no obteniendo por entónces su heroica empresa otro premio que la honrosa satisfaccion de haber abierto nuevos horizontes á los navegantes que más tarde señalaron el derrotero de la América á la Australia.

JUSTO ZARAGOZA.

(Concluirá.)

ENGELBERTO I

CONDE DE BERG Y ARZOBISPO DE COLONIA.

En los tiempos de los Staufen era *Colonia* el centro de la vida alemana y la corona de las ciudades por su grandeza, por el esplendor de sus edificios y por su importancia, así para el imperio como para la Iglesia. Un ciudadano de Colonia pudo competir con los negociantes de Venecia y de Génova, y si los cruzados alemanes querían expresar su asombro producido por una ciudad de Oriente con cien torres arrogantes y más rica en perlas y oro que acaricia el mar azul, no sabían compararla sino con *Colonia*, y el vate Rodolfo de Ems dijo en su *Buen Gerardo* que hasta una princesa no podría conceptuarse degradada al contraer matrimonio con un mercader de Colonia. Se comprende fácilmente que ningun príncipe germano haya podido rivalizar con los arzobispos de Colonia, cuyo poder ducal se extendía desde el Mosa al Rhin y desde éste al Weser. Y tampoco es de extrañar que, según cuenta Cesáreo de Heisterbach, un sacerdote de París haya dicho en aquel tiempo: «Quiero creerlo todo, pero no que un obispo alemán alcance la bienaventuranza,» y haya contestado á los que le demandaban la razón: «porque casi todos los obispos alemanes tienen así la espada mundana como la eclesiástica, y han de emprender guerras como señores feudales; y por lo tanto, se ven obligados á cuidarse más del sueldo de sus guerreros que de la salud de las almas que les fueron confiadas.» Pero hay excepciones gloriosas; pues algunos arzobispos de Colonia que eran á la vez príncipes de la Iglesia y duques del imperio, como los Bruno, Heriberto y Anno, pudieron alcanzar también la aureola de la santidad. Y ante todo llama sobre sí la atención la figura heroica de *Engelberto I, conde de Berg*, por su doble carácter como arzobispo y santo de la Iglesia y como vicario del imperio, y por sus dotes extraordinarias.

La vida de este arzobispo, cuyo nombre se encuentra grabado en una tabla en letras de bronce en medio de las Walkirias de la *Walhalla*, y que fué el arzobispo más grande de Colonia, si exceptuamos al primer Bruno, hijo del mismo rey de Alemania, la escribió en latín en estilo sencillo y con imparcialidad suma un contemporáneo suyo, Cesáreo, maestro de novicios y prior del convento de cistercienses de Heisterbach, recibiendo el encargo de escribirla por el sucesor de Engelberto, Enrique de Molenark, un año después de haber sido asesinado el gran arzobispo de Colonia. Pero Cesáreo de Heisterbach, cuya «*Vida sancti Engelberti*» fué publicada por vez primera en 1570 en los *Acta*

sanctorum de Surio, escribió en el retiro feliz de su claustro, en la sencilla morada del trabajo, en el quieto asilo del saber, donde no reinan los desencadenados vientos de las pasiones humanas, escribió sólo la vida del santo, mientras el profesor Julio Ficker pintaba en 1853 la vida de Engelberto en sus relaciones todas, así las mundanas como las eclesiásticas.

Engelberto, nacido de la poderosa familia de los *condes de Berg* que en un solo siglo dió cinco arzobispos á Colonia, y cuyo castillo se elevaba en escarpada cumbre á la orilla izquierda del claro Dhün á pocas leguas de Colonia, vió la luz probablemente en 1185. Fué hijo del hombre más rico de su país, el conde Engelberto, que saliendo con el emperador Federico I para libertar la Tierra Santa murió en Sérvia, y primo del arzobispo de Colonia, Adolfo de Altena, el joven Engelberto, que fué educado en la escuela de la catedral de Colonia; se vió rodeado de una turba de aduladores, y sus riquezas se hicieron para él una fuente de tentaciones, á que no pudo resistir, dedicándose á alegrías y vanidades mundanas. Así es que su juventud era borrascosa; pero según la bellísima frase de Cesáreo de Heisterbach, se convirtió de un vaso de ira divina en vaso de gracia celestial. Merced á la influencia de su familia, alcanzó ya cuando escolar un puesto entre los priores de la Iglesia coloniense como preboste de San Jorge, y después de luchas que duraron cuatro años, alcanzó en 1203 también la dignidad de preboste de la catedral de Colonia. Pero el que había jurado guardar los bienes y derechos del cabildo confiscó la fábrica de éste cuando su primo el codicioso arzobispo Adolfo había sido degradado y excomulgado á causa de su deslealtad para con el rey Othon y por haber vendido la corona de Alemania al rey Felipe de Suabia. Engelberto fué excomulgado también, pero no hizo caso de eso, sino que en aquel período triste de la guerra civil, en aquel tiempo en que la espada y el dinero decidían de todo, continuó abusando de su posición en detrimento del cabildo. Después de vencido Othon por Felipe y Adolfo en 1206, la estrella del arzobispo de Colonia, y con ella la del preboste Engelberto, parecía brillar de nuevo, cuando de repente el rey Felipe fué asesinado el 21 de Junio de 1208 en su castillo de Bamberg, en la flor de sus años y en la cumbre de su dicha. El degradado Adolfo se vió obligado á jurar fidelidad al arzobispo Bruno, pero Engelberto fué perdonado, no se sabe á qué precio. Lo que se sabe, sí, es que en 1212 participó de la cruzada contra los albigeneses, sea para conciliarse con la Iglesia, ó sea porque eso le había sido impuesto como condición si quería verse libre de la excomunion.

En 1210 fué excomulgado el rey Othon por habe

sido desleal para con el Papa, y la mayoría de los príncipes alemanes aclamó al último vástago de la casa de Staufen, el joven Federico, hijo del emperador Enrique, desde Sicilia á Alemania, para que se sentase en el trono de sus mayores. Engelberto se hizo uno de los partidarios más entusiastas del joven Federico, que fué coronado en Aquisgram el 25 de Julio de 1215; y cuando el Papa, no queriendo favorecer ni á Adolfo de Altena ni al adversario de éste, Bruno, declaraba vacante la sede de Colonia, Engelberto fué elegido por unanimidad arzobispo el 29 de Febrero de 1216, puesto que lo que había pecado contra la Iglesia lo había expiado con la energía con que defendió á Federico, el alumno del Papa.

Y cual arzobispo, demostró que á su noble fisonomía se unía también un alma hermosa; que su figura heroica la habitaba un gran espíritu; que su fuerza física era acompañada de un gran vigor de la voluntad, y que á su clara mente se hermanaba una piedad infantil. Era como si la madre naturaleza hubiese querido reunir en una sola persona todas sus preferencias para reflejar en ella, como en un espejo, toda su magnificencia. El hombre severo y maduro hizo olvidar pronto lo que había pecado el joven arrogante y ambicioso, y en pocos años consiguió curar las llagas que había hecho la guerra civil y restituir la grandeza de Colonia. Era tan prudente y acertado, que los que le rodeaban decían que siempre tenía prontos sus consejos. Unía la mansedumbre del cordero al corazón del león; y su justicia, su amor al pueblo y su fuerza moral le hicieron sin rival entre todos los príncipes de su tiempo, de modo que merecía ser llamado *padre de la patria*. Si hay un lunar en aquel cuadro tan luminoso que representa cual arzobispo, fué su ambición y su magnificencia; pero en cuanto á su ambición, debe tenerse en cuenta que á veces el deseo de reinar es un alto deber, y efectivamente lo fué en un tiempo en que tantos condes y ricos hombres levantaron su cabeza no reconociendo á ningún señor.

Engelberto aumentaba el número de los vasallos del arzobispado de Colonia, y después de la muerte de su hermano mayor, el conde Adolfo de Berg, que no tenía sino una hija, adquirió el rico condado de Berg, sabiendo defenderlo también con las armas contra el conde de Limburgo, y reunió en sus manos un poder comparable solo al que entre los príncipes alemanes había tenido Enrique el León.

Pero mientras guardaba los derechos del Imperio y de la Iglesia, hallaba todavía tiempo para escuchar las quejas de los pobres. Un día, al descender las gradas de su palacio para emprender un viaje, se le acercó un hombre quejándose de que había sido despojado injustamente de algunos bienes. Paróse el arzobispo, y le mandó le contase todo

lo que había ocurrido. En vano le amonestó su mariscal: «Señor, ya es hora de montar á caballo; el camino es largo, el tiempo breve.» Engelberto no le oía, y cuando el mariscal continuaba amonestándole, le mandó callar para que no alargase el oficio, y después de haberlo sabido todo, mandó á su escribano extender un decreto que entregó al querrelante, diciendo: «Enseña eso á quien te ha perjudicado, y si no te complace, vuelve á mí para que yo te lo restituya todo.»

Engelberto se hizo una atalaya firme de la justicia, y, por lo tanto, se explica también cómo la tradición haya podido llamarle el fundador de aquel tribunal de Westfalia tan temido en la Edad Media, que los alemanes llamamos la *Vehme* ó *heimliches Gericht* (juicio secreto). Los miembros de ese juicio habían de ser hijos legítimos, cristianos y de una vida inmaculada, y debían jurar «ocultarían la santa *Vehme* de su mujer y de sus hijos, de sus padres y de sus hermanos, del fuego y del viento, de cuanto bañan los rayos del sol, de cuanto humedad la lluvia, de cuanto esté entre el cielo y la tierra.»

Era una felicidad para la Iglesia que hubiese un arzobispo en Colonia que, defendiendo sus derechos contra los altivos ciudadanos y manteniendo la paz y humillando á los poderosos y rebeldes, supiese empuñar la espada y hacer justicia, y que por ser duque no olvidaba que era también obispo de las almas. Así contrajo un gran mérito en secundar las órdenes de sus contemporáneos San Francisco de Asís y San Domingo de Guzman; aquellas órdenes que, iluminando la conciencia humana, resucitaron la verdadera doctrina evangélica; la orden de aquel penitente de Asís, el Cristo de la Edad Media, todo fe, todo bondad, todo dulzura, que, según dijo Castelar, «para sus penitencias buscaba, como los primitivos apóstoles, el desierto; para sus cánticos y oraciones, el acompañamiento de las aves del cielo y el incienso de las flores del campo; para el apostolado de su doctrina, el pobre y el mendigo (1);» y la orden dominicana de que salieron Alberto Magno y su gran discípulo Tomás de Aquino, cuyas celdas ostenta el convento dominicano de Colonia, mientras Juan Duns, á quien engendraba Escocia, á quien albergaba Inglaterra y á quien enseñaba Galia, halló su sepultura al lado de los menores de Colonia. Engelberto contribuyó también á dar esplendor al oficio divino, y destinó inestimables pedrerías para un cáliz que se proponía consagrar al altar del Príncipe de los Apóstoles, pero antes de cumplir su voto había de apurar el cáliz de la amargura. Él tuvo también primero la idea

(1) D. Emilio Castelar: *Recuerdos de Italia*, segunda parte, pág. 217.

de reedificar la catedral de San Pedro de Colonia, proyecto que empezó á realizar su segundo sucesor Conrado de Hochstaden, cuyo reinado significa el apogeo de la grandeza coloniense, debiéndose á él la fábrica maravillosa que da testimonio del piadoso amor al arte y del poder de la Colonia de la Edad Media. Pero ese poder se debió á la pasmosa actividad de nuestro Engelberto.

No se limitaba ésta á su arzobispado, sino que en una esfera más ancha le colocaba el destino, pues el rey Federico, que se sentía atraído más á su patria, la hermosa Italia, que á la áspera Alemania, la cuna de su estirpe, el teatro glorioso de las hazañas de sus antepasados, y que hacía de la Sicilia la sede principal de su Imperio, despues de haber asegurado la sucesion de su hijo de ocho años Enrique en el Imperio de Alemania, nombró desde Sicilia vicario del Imperio germano y tutor del jóven Enrique el ya elegido rey de Alemania al arzobispo Engelberto. Éste, despues de haber coronado á Enrique en Aquisgram el 8 de Mayo de 1222, acompañó al jóven Rey en sus expediciones desde los Alpes al mar del Norte, y honrándole como á su señor, le educó y le amó como á su hijo, y el que era ya el adorno del clero, la columna de la Iglesia, se hizo por su gobierno el orgullo de Alemania, mereciendo el panegirico poético de un vate tan nacional como *Walther von der Vogelweide*, que decía de él: «Obispo de Colonia, digno de toda alabanza, teneis razon de envaneceros; habeis servido al Imperio de manera que vuestra alabanza ha de alzarse alta y con singular gloria estando sola. Maestro de príncipes, no hagais caso de la vil envidia. Leal tutor del Rey, augusta es vuestra esencia, siendo un canciller sin segundo y elegido camarero mayor de los tres Reyes Magos y de once mil Vírgenes.» (1)

El gobierno de Engelberto era para el pueblo aleman un nuevo respiro de su vida, dándole años de quietud y de bienestar, de modo que parecía haber vuelto á la edad de Augusto. Asombrado por la autoridad de que gozaba Engelberto en toda Alemania, el cardenal legado Conrado de Porto preguntaba: «¿Qué ha hecho tan respetado y tan temido al señor de Colonia?» Y un abad le contestó: «Ha de ser una gracia particular de Dios.»

Es cierto que los mercaderes á quienes Engelberto dió su guante en señal de amparo y proteccion viajaron más seguros, como si hubiesen tenido por compañeros á gente armada. Y conocida es tambien la frase del papa Honorio: «Por temor á Engelberto, tambien á mí me han temido todos en Alemania.» El nombre de Engelberto penetraba

hasta á los pueblos más remotos y espantaba hasta á los sarracenos, pues á la cabeza de los que pelearon contra los moros de Portugal y llenaron el Oriente con el renombre de sus hazañas, distinguiéndose en el cerco de Damiette, figuraban los moradores de la provincia coloniense, que habían entusiasmado las ardientes prédicas del maestro Oliverio de Colonia, lo cual inspiró á éste las palabras: «¡Celebrate, provincia de Colonia, regocijate y alaba al Señor, porque tú has prestado mayor auxilio en navíos y guerreros, en armas y dinero que el resto del imperio germano! Pero ¡Colonia, ciudad de los santos que habitas los jardines llenos de rosas de los mártires, llenos de azucenas de las vírgenes, llenos de violetas de los confesores, tú que estás gozando de la paz merced á los méritos de tu venerable arzobispo, dobla las rodillas ante el Altísimo!»

Engelberto, que secundó tanto á los campeones de Cristo, á los batalladores de la fe, á los caballeros teutónicos, á los de la orden de San Juan y á los del hospital de María de Jerusalem, quería tambien hacerse cruzado; pero las tareas que le imponía su arzobispado y la tutela de Enrique, le impidieron salir para el Oriente, y el papa Honorio le dispensó de su voto, y Engelberto armó á sus expensas multitud de caballeros para que luchasen en vez de él contra los infieles. Pero cuando el rey Juan de Jerusalem recorrió la Europa pidiendo auxilio y le visitó en Colonia en 14 de Agosto de 1224, el arzobispo resolvió deponer el vicariato del Imperio para pelear en el Oriente contra los enemigos de la fe. Y sólo la muerte le impidió realizar aquel piadoso proyecto. Pero, ¡qué tragedia tan cruenta le esperaba! ¡Qué muerte tan horrible había de morir el que reinaba poderoso como arzobispo y duque, como vicario de Alemania y como tutor de un rey!

A principios de Noviembre de 1225, llegó á Soest, donde obedeciendo los mandamientos del papa Honorio y del emperador Federico II había de declararse cual justo juez y defensor de los derechos de la Iglesia y del Imperio contra las injusticias de su sobrino el conde Federico de Isenburgo, que había abusado de su posicion como protector y curador de la iglesia de Essen. En vano trató de encontrar un remedio para concordarse con el Conde: el corazon de éste estaba endurecido como una piedra, como el yunque de un herrero; y cuando el arzobispo salía de Soest, le advirtieron se quedase, no solo por sí, sino por el bien de la Iglesia y por la salud del Estado, porque sus dias eran contados. Presintiendo su muerte, Engelberto recomendó su cuerpo y su alma al amparo de la Providencia divina, y, derramando un raudal de lágrimas, se confesó de todos sus pecados con el obispo de Minden, quien declaró no haber visto

(1) Alude á Santa Úrsula y las once mil Vírgenes británicas, que son las segundas patronas de la ciudad de Colonia, como los Reyes Magos son los primeros.

jamás tanta humildad y contrición tanta en un prelado. Los ojos de Engelberto los humedecía todavía el llanto cuando entraron en su capilla los hermanos de Federico de Isenburgo, que á la influencia de Engelberto debían su dignidad, el uno la de obispo de Münster, el otro la de haber sido elegido obispo de Osnabrück. «¿Qué he hecho yo á vuestro hermano para que, según me dicen, quiera matarme?» les preguntó Engelberto. Y ellos, ocultando sus pensamientos, contestaron: «Eso está lejos de su ánimo, y nosotros os quedaremos reconocidos por habernos enriquecido y honrado tanto.»

Al fin el arzobispo salió para Schwelm, donde se proponía consagrar una iglesia. Era el 7 de Noviembre de 1225. Tres veces tropezó en su camino con el conde de Isenburgo, y cuando entró en un desfiladero del monte llamado Gevelsberg, situado entre Hagen y Schwelm, los siervos de Federico de Isenburgo se precipitaron sobre Engelberto, y alentados por su señor lo mataron, no con odio propio de hombres, sino con una crueldad verdaderamente diabólica. No les bastaron las cuarenta y siete heridas que le habían hecho, sino así como el costado de Jesús fué herido por una lanza, uno de los asesinos le sajó la planta de los pies para ver si había dejado de vivir. Y aquel ante quien en vida habían temblado los príncipes más poderosos, el que á millares de hombres había prestado auxilio y amparo, quedó sólo cual cadáver sangriento y despedazado, en la oscuridad horrible de la noche, asesinado á impulso de un deudo suyo y á sabiendas de dos obispos y primos suyos.

He dicho que Engelberto quedó sólo, refiriéndome al relato de Cesáreo de Heisterbach; pero otro escritor dice que un muchacho custodió el cadáver del arzobispo hasta que pasó gente y lo recogió. Ese episodio tan tierno lo ha aprovechado la inspirada poetisa Anita de Droste-Hülshof para su conmovedora poesía *La muerte del arzobispo Engelberto*.

Durante la noche, los siervos de éste encontraron á su señor. Pero ¿quién pinta su asombro al verle asesinado y casi desnudo? Trasladaron su cadáver á Schwelm, donde las velas destinadas para la consagración de la iglesia fueron colocadas á la cabeza y á los pies del finado. Al día siguiente le trasladaron á su castillo patrio, la fortaleza de Neuenburgo, que él mismo había reedificado á sus expensas. Pero cuando llegó allí el cortejo fúnebre le rehusaron la entrada por temor al señor del castillo, enemigo encarnizado de Engelberto: los monjes de Altenberg, más piadosos que aquellos siervos, llegaron en procesión solemne, llevando una cruz é incienso, y, viendo el rostro sangriento de su querido arzobispo, prorumpieron en lágrimas y llevaron su cadáver al oratorio del convento de

Altenberg, fundado por los antepasados del mismo Engelberto, y después de haberlo defendido de la podredumbre con mirras y bálsamos, le adornaron con el hábito sacerdotal.

El cuarto día después del cruel asesinato, el cadáver fué trasladado á Colonia, y es imposible expresar con palabras el dolor y los lamentos de los clérigos, la indignación y el duelo de los siervos, el llanto y los sollozos del pueblo de todas edades y de todo género. Trasladaron al cadáver desde el palacio arzobispal á la catedral, y ante la camisa sangrienta de Engelberto prestó el nuevo arzobispo de Colonia, Enrique de Molenarte, el juramento de vengarlo de sus asesinos, juramento que ha cumplido como bueno.

La nueva del asesinato de su querido tutor la recibió el joven rey en Nuremberg el día de sus bodas con Margarita de Austria, y probablemente en la misma ciudad á que había llegado para celebrar aquella fiesta cantó *Walther von der Vogelweide* su endecha llena de dolor é indignación: «De aquel á quien cantaba en vida he de llorar la muerte. ¡Ay de quien asesinó al noble príncipe de Colonia! ¡Ay de él si aún existe sobre la tierra! No podría encontrar un suplicio digno de su crimen: sería demasiado suave para él una cuerda de esparto en torno de su cuello; tampoco quiero verlo quemado, ni descuartizado, ni desollado, ni despedazado con la rueda, ni atado á ella, sino que espero que aún vivo encuentre camino al infierno.» (1).

El nuevo arzobispo de Colonia se presentó en Francfort ante el joven rey, mientras dos abades le mostraban el cadáver de Engelberto, para que la vista de éste clamase contra su asesino; y cuando el rey vió los restos de quien había sido su tutor y su segundo padre, derramó lágrimas amargas, y así la monarquía como la Iglesia lanzaron su anatema contra el asesino, mientras el cardenal Conrado de Porto y de Santa Rufina en el Concilio de Maguncia, celebrado á mediados de Diciembre de 1225, alabó los méritos del finado como santo mártir. Los obispos de Münster y de Osnabrück, que pasaron á Roma para defenderse de la acusación, fueron allí degradados; el uno murió poco después, mientras el otro fué perdonado más tarde. Pero el miserable Federico de Isenburgo, que, cual otro Cain, no encontraba paz en ningún rincón de la tierra, fué preso en Noviembre de 1226 y atado á una rueda fuera de la puerta de Severino de Colonia, donde sufrió el suplicio más cruel y exhaló el último aliento, sin

(1) Hay algo de salvaje en las últimas líneas de la canción de Walther; pero el mismo exceso de la indignación del vate demuestra cuán grande era la pérdida del noble arzobispo, que en vida fué la personificación de la justicia, y á quien ha santificado su muerte y su martirio incomparables.

que una sola queja saliera de sus labios, sino que pidió á los que le acabaron rogasen por la paz de su alma.

En 24 de Febrero de 1226 dieron sepultura á Engelberto en la catedral de San Pedro de Colonia, asistiendo á la solemnidad el cardenal de Porto, que otra vez lo celebraba por los dolores inmensos que había sufrido en defender los derechos de la Iglesia y por su preciosa muerte que le había santificado. Los restos mortales de tan glorioso mártir fueron sepultados despues en la capilla de su nombre de la nueva catedral de Colonia, edificada por Conrado de Hochstaden, y en 7 de Noviembre de 1633 fueron trasladados á un féretro de plata que ostenta la imágen de San Engelberto, y que, adornando hoy la sacristía de la catedral de Colonia, es una obra maestra del tiempo del Renacimiento, debida al distinguido platero Conrado Duisberg. El corazon de Engelberto encuéntrase en el altar mayor de la catedral gigantesca de Altenberg, que Goëthe, al visitarla, comparó con razon á las catedrales de Strasburgo y de Colonia, y que se eleva en la soledad del pintoresco valle del cristalino Dhün cual roble sagrado plantado sobre el signo de la redencion, la cruz.

Tenia razon el jóven rey Enrique en llorar, porque despues de muerto Engelberto no encontraba quien le mostrase el camino que había de seguir. Así la muerte de Engelberto era una calamidad para la monarquía, pero la Iglesia adquirió con ella un santo y como tal lo veneran.

Las armas de los condes de Berg eran una rosa blanca, emblema de virtud, recordando el amor fraternal de los dos hermanos Adolfo y Eberardo, condes de Berg, que murieron cual humildes monjes en el convento de Altenberg. Sintiendo el uno de ellos aproximarse la muerte, le prometió al otro le indicaría por una rosa blanca el dia en que hubiera de seguirle á la tumba. Así lo hizo, y dice la leyenda que de aquí adelante cada monje de Altenberg que había de morir encontraba en su facistol una rosa blanca.

¡Ay! ésta fué manchada con la sangre del gran arzobispo de Colonia San Engelberto. Pero ¿qué importa si éste en los umbrales de la muerte arrancaba de las manos del olvido la corona de la inmortalidad y conquistaba la palma de los mártires?

¡Qué de veces he peregrinado á Altenberg, recordando la vida y gloriosa muerte de Engelberto y el amor entrañable de los dos hermanos Adolfo y Eberardo, de cuyas tumbas brotaron dos tallos de azucena reuniéndose á una sola flor! Y en medio de mis reflexiones escuchaba los dulces ruisenores de Altenberg, los ruisenores benditos por San Bernardo de Clairvaux, que, despues de haber desterrado á los ruisenores del convento de Himmelrath, por-

que su canto parecía seducir á los monjes como el canto de las sirenas, distrayéndolos de sus ejercicios piadosos, volvió á verlos en Altenberg, donde los monjes guardaron la austeridad de sus costumbres á pesar de los sonoros trinos de los ruisenores, lo que hizo exclamar al Santo: «¡Quien quiera á Dios y tenga un corazon puro, puede sin detrimento para su alma alegrarse con todo lo bello, con todo lo encantador.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 8 de Enero de 1877.

LOS ANTEPASADOS.

INGO.

III.

CORAZONES ABIERTOS.

Muy de mañana, á través de la pradera, húmeda de rocío, se dirigía Irmgarda al bosque. Blanca neblina se deslizaba sobre el suelo, y los aéreos copos que al paso le arrancaban las ramas de los árboles, flotaban como girones del vestido de los espíritus del agua. Sobre el fondo vaporoso se destacaba la radiante figura de la doncella; su cántico interrumpido por exclamaciones, sus rojas mejillas, sus flotantes cabellos reflejaban la felicidad de su corazon; atravesando los remolinos de niebla, parecía alguna diosa de la pradera.

Por fin, había escuchado y comprendido lo que es el heroísmo, ese sentimiento que desligando al hombre del temor á la muerte le hace elevarse al nivel de los dioses; todo su pueblo había rendido homenaje al heroico ánimo de uno á quien ella misteriosamente se sentía inclinada, que la inspiraba sentimientos distintos y hasta entónces no conocidos. Subió la montaña hasta un sitio desde donde la casa paterna desaparecía tras el espeso follaje; allí se vió sola entre los peñascos y los árboles; á sus piés murmuraba el riachuelo, y sobre su cabeza flotaban las rojas nubes de la aurora. Sentada sobre una roca, cantó á las breñas y al agua bullidora la música y las palabras, presentes á su memoria, de la trova oida al cantor en la sala del festin; cuando llegó al salto sobre el Rhin, arrebatada por el entusiasmo gritó:

—Pájaros del bosque, mensajeros de los dioses, y vosotros, pequeños gusanos que comeis bajo los helechos, escuchadme.

Y repitió el animado pasaje de la cancion; y cuando llegaba á la desaparicion del héroe en la cauda-

* Véanse los números 150 y 151, páginas 16 y 50.

losa corriente, su voz acusó la emoción que sentía su femenil corazón, y resonó tristísima la salmodia de la trova. Dominando los trinos de las aves y el ligero murmullo del arroyo, resonaba poderoso contra las rocas el canto de la doncella.

De pronto, una piedra rodó cerca de ella hasta el arroyo, miró y pudo ver una forma humana que, envuelta en el sutil tejido de las ninfas, la contemplaba desde abajo, apoyada en el tronco de un árbol. El héroe, cuya fama había pregonado en el bosque, estaba real y corpóreamente ante ella; y cuando sobresaltada retrocedía, oyó su voz suplicante.

—Canta todavía, doncella; escuche de tu boca lo que me hace dichoso. Más caras que las artísticas notas del trovador me son las de tu garganta; pues cuando aquellas resonaban en la sala y las ahogaba el frenético aplauso de los convidados, sólo en tí pensaba yo, y mi orgullo y mi alegría era que tú lo supieras.

—Con el sobresalto que me causó tu presencia, han desaparecido las palabras,—contestó Irmgarda tratando de dominar su emoción cuando él se aproximaba.—Más ánimo tenía para hablarte debajo del sauce,—dijo por fin;—y aún entonces poco necesitabas de mis consejos, héroe; me avergüenzo de mi locura; no te burles tú de ella, pues entre nosotros los montañeses, son francas las conversaciones y sencillos los pensamientos. Duéleme, sin embargo, que de mi boca hayas oído por dos veces lo que tú recordarás; á haber sabido que tú eras, te hubiese ocultado la buena opinión que me merecías. También siento que hoy me hayas sorprendido.

—¿Por qué has de ocultarme, Irmgarda, la simpatía que hacía mi sientes? ¿Qué pocas veces á oído de un desterrado llegan palabras afectuosas de boca de una mujer adorable! Aunque el trovador le haya ensalzado y el huésped brindado por él, aún permanece fuera del círculo estrecho del parentesco y del más lato de la amistad. Difícilmente un hombre rico concederá al desheredado la mano de su hija; y el pobre vagabundo no dejará sobre la tierra hijos que glorifiquen sus hechos.

La vista de Irmgarda permanecía clavada en el suelo.

—Pero tú,—prosiguió Ingo,—has de conocer todos los secretos de mi alma; y si no desprecias mi confianza, siéntate sobre esa piedra y escucha.

Obedeció la doncella, el hombre permaneció de pie y comenzó:

—Oye lo que después de la batalla de los Alemanes me sucedió. Asomaban las estrellas, cuando estenuado de cansancio me tendí en la pedregosa playa del río, rodeado el tembloroso brazo con la roja banda romana; el viento de la noche entonaba el canto mortuorio; la corriente gemía; mi cuerpo estaba frío; mi cerebro desvanecido. Pronto ví in-

clinarse sobre mí un afligido rostro; reconocí á la profetisa de los Alemanes, sábia mujer predilecta de los Dioses.—Te busco entre los muertos, Ingo; debo salvar tu cuerpo como tú has salvado el mio.—Levantóme de la orilla, cubrió mis miembros con calientes ropas y me dió á beber salúfero bálsamo; después separó la bandera romana del asta, rompió ésta en dos pedazos y los arrojó al río, murmurando alguna oración. Ocultó al desvalido en la espesura del bosque, y junto al miserable lecho veló noche y día como cariñosa madre. Al separarnos cogió la purpúrea insignia, y me dijo:—Hé aquí los hilos de que pende tu suerte; los Dioses dejan al héroe la elección: si te deshaces del talismán tejido por los romanos, puedes alcanzar edad provechosa, oscura vida, pero libre de las alternativas de la suerte; si conservas la purpúrea imagen, de pérfidos ojos y encandescida lengua, los guerreros oirán al trovador tus alabanzas, y tu memoria vivirá entre los hombres venideros; pero temo que el dragón abraza tu cuerpo y tu felicidad. Elige, Ingo; los Dioses han decidido que tu destino se conforme á tu pensamiento; según escojas, tu suerte será ligera ó pesada.—Mucho tiempo hace, madre, contesté yo, que los Dioses y los hechos de mis abuelos han decidido mi destino; de Dioses desciendo, y mal pudiera escoger, tú lo sabes, vergonzosa molicie sobre blandas pieles; es mi deber guiar mis compatriotas al combate, regir los hombres sobre la tierra, y luego ascender á la nebulosa mansión de los héroes. Aunque me encuentre extranjero entre extrañas razas, no me atemoriza la predicción de la profetisa; con firme voluntad quiero conservar mi rango de héroe, y confío que mi ánimo varonil ha de ayudarme en los vaivenes del destino. Si el aborrecible dragón me concita los odios, la gloria me creará amigos; nunca huirá mi rostro la luz del sol.—Tomó entonces la anciana la púrpura, separó del retorcido cuerpo la cabeza del reptil, y arrojó aquel á las llamas.—Tal vez, dijo, logre así alejar la desgracia de tu camino.—La llama se levantó con violencia, un humo de desagradable color llenó la cueva, y la mujer me arrastró al aire libre. Plegó la cabeza del dragón y atóla con flexible mimbre, anudó los cabos y me entregó el talismán encerrado en una bolsa de cuero que me permitiese conservarlo con rigoroso secreto.—Protege del agua, pero no del fuego, dijo.—Y dándome su bendición, me señaló el camino del Norte.

Este es, doncella, el secreto de mi existencia, que voluntariamente te descubro; lo que los Dioses me depararán lo ignoro; pero te confío lo que nadie sabe. Desde que llegué á tu país y te ví, conozco que han variado mis sentimientos y que preferiría sentarme á tu lado ó cabalgar contigo en la pradera á seguir á los buitres á la carnicería de las batallas.

También hasta ahora mi suerte me había preocupado muy poco; confiaba en mi brazo y en un Dios amigo de mi raza para abrirme el camino á mi patria; pero hoy oprime mi ánimo la idea de mi mísera situación. Mira, mi suerte es comparable á la de aquel tierno pino que sobre una pequeña mota de tierra flota arrastrado por la corriente.

É indicó un débil arbolillo que el agua había arrancado con un poco de tierra y musgo de su nacimiento, y que nadaba todavía erguido.

—Pequeño es el terron,—prosiguió melancólicamente;—el agua lo deshace con rapidez, y pronto el arbolillo irá á perderse entre infecundas piedras.

Irmgarda se levantó y siguió con inquietud la marcha del árbol, que, impulsado por la corriente, avanzaba en rápidos giros hasta hacerse casi invisible entre la niebla del arroyo.

—Se ha detenido,—gritó de pronto.

Y corrió hácia el borde del riachuelo donde el arbolillo se había adherido á un saliente de la orilla.

—Míralo aquí,—dijo á Ingo;—en nuestra orilla reverdecerá, y es muy posible que tome en esta tierra sólidas raíces.

—Dime si es ese tu deseo,—exclamó Ingo conmovido.

Irmgarda calló.

Rompía entónces el sol á través de las nubes; sus rayos iluminaban la esbelta figura de la doncella; alrededor de la cabeza y sobre sus hombros brillaban sus cabellos como una aureola; permanecía delante del jóven con los ojos bajos y las mejillas rojas. El corazón de Ingo latía de alegría y de amor, y acercóse con respeto á la doncella; ésta seguía como desvanecida; sólo su mano hizo un ligero movimiento como para detener á Ingo, y balbuceó suplicante:

—El sol nos ve.

Besóla aquél amoroso, y volviéndose al sol, con placentera voz dijo:

—Bien venido seas, amante señor del día; sénos favorable y protege lo que has visto hacer.

Volvió á besarla, y sintió en sus labios los labios ardientes de la doncella.

Cuando Ingo quiso estrecharla, levantó Irmgarda el brazo, miróle con intensa pasión, pero sus mejillas habían palidecido y su mano señalaba el camino de la montaña. Ingo obedeció y se alejó rápidamente; cuando volvió su rostro vió á Irmgarda bañada en luz, arrodillada ante el débil arbolillo, y sus brazos levantados hácia el brillante astro del día.

En la misma mañana se reunieron los nobles, sabios, jefes de familia y demas principales del pueblo en la casa del príncipe, y tomaron asiento en las sillas que encontraron preparadas á derecha é iz-

quierda del hogar; en el centro estaba sentado el señor, y á la espalda de su sillón estaba en pié Theodulfo. Hildebrando cerró las puertas, y el príncipe habló así á la asamblea:

—A mi casa ha llegado Ingo, hijo del rey Ingberto, huésped y amigo de ella desde el tiempo de mi padre. Para él os pido hoy el derecho de huésped del pueblo; para que no sólo en mi casa esté seguro de enemigos extranjeros y del país, sino también en las vuestras y en toda esta tierra; para que se le haga justicia si recibiese agravio, y para que las armas de los vecinos le protejan contra todo el que atente á su honor ó á su vida. Como suplicante por un hombre digno me presento á vosotros; derecho tenéis á conceder y á rehusar.

Profundo silencio siguió á estas palabras; por último, se levantó Isanbart; caían sobre sus espaldas los nevados cabellos, rodeando el rostro surcado de cicatrices; el elevado cuerpo le apoyaba en un bastón; pero la voz del anciano sonaba vigorosa y los hombres escucharon con la mayor deferencia.

—Bien está en tí, príncipe, hablar como lo has hecho. Habitados estamos á que el pueblo reciba de tí, y cuando pides al pueblo, nuestros corazones están dispuestos á conceder. El hombre es ilustre; de que es el mismo Ingo y no un farsante bagabundo, responden el canto de Volkmar; la seña hospitalaria que has comparado con la tuya, y sobre todo la majestad de su rostro y apostura. Pero nosotros somos los vigilantes del bienestar de muchos, y los tiempos revueltos imponen la mayor prudencia: á causa de esto, conviene una concienzuda discusión, y debemos pesar las distintas opiniones que en mi conocimiento dividen en dos bandos á los magnates del país.

Sentóse, y la asamblea hizo señales de aprobación: levantóse con ímpetu Rothario, noble de la más antigua raza, hombre fornido, de rubicunda faz, rojos cabellos, famoso bebedor, bravo en las lides y jovial en las fiestas, y á quien los muchachos apodaban el rey Vejiga.

—Un consejo por la mañana debe de ser como el primer trago; corto, pero fuerte,—dijo.—No creo que en el caso presente hagan falta largas consideraciones; poco hace que hemos bebido vino á la salud del hombre y no es cuestión de que ahora echemos agua en su vaso; es un héroe que tiene dos buenos fiadores; el canto del trovador y nuestra simpatía: no hace falta más, y tiene mi voto para el derecho de hospitalidad.

Reían los viejos la impetuosa perorata del franco Rothario, y aplaudían los jóvenes, cuando se levantó Sintram, tío de Theodulfo, hombre de ojos mortecinos y repulsivo rostro, señor duro y terrible para sus enemigos, pero atinado en el consejo y bien quisto en la corte del Rey.

—Tú, príncipe, tienes al hombre en estima, y él lo merece, según decís: basta esto á inclinar mi decisión, y con gusto lo saludaría como á huésped, según hemos hecho con tantos otros extranjeros cuyas alabanzas no habíamos oído de boca del trovador. Una duda, sin embargo, me retiene: ¿debemos considerar al extranjero como amigo? No todos los hijos de nuestro pueblo permanecen en sus hogares, y hay que acordarse de los que han salido en busca de gloria y de fortuna. ¿Cuántos de nuestros compatriotas han combatido al lado de los Alemanes? Ninguno, que yo sepa. En cambio, al lado de los Romanos se han encontrado valerosos Turingios, amigos y parientes nuestros; estos son naturalmente enemigos del extranjero; ¿y cómo hemos de llamarle nosotros nuestro amigo? Quizá alguno de ellos haya sucumbido y pronto resuene en nuestras aldeas el canto mortuario: ¿quién los ha derribado? Acaso el mismo guerrero que ayer se gloriaba de ello en el festín. ¿Cómo concederemos el derecho de hospitalidad al que como enemigo ha vertido nuestra propia sangre? No sé si habrá sucedido así, pero en todo caso tal era la intención del que combatía al lado de rey Athanarico. Me consta que en el ejército romano se agradecen las victorias del César á hombres que hablan nuestra lengua; los rubicundos hijos de nuestro país descuellan como gigantes sobre los extranjeros de negros ojos; el César los recompensa con dádivas, honores y los más altos puestos. Cuando se pregunta á un comerciante por los más poderosos señores y los más bravos guerreros de Roma, contesta siempre: «Es de raza germana.» ¿Dónde nuestra juventud alcanzaría la gloria y el amor de los dioses si nuestras armas hubieran de enmohecerse en la pacífica aldea? ¿Y á dónde iría el sobrante de nuestras tribus á ganar herencias para nuestros hermanos si el César no abriera su tesoro á los emigrados? Por eso os digo que el Imperio nos es útil, y el que está contra él, está contra nosotros: ved bien que el extranjero no venga á cerrar el sendero que conduce á nuestros más preciados héroes á la riqueza y á los honores.

Sombrío silencio siguió á estas palabras, cuya verdad amargaba; rompió el silencio Bero, padre de Frida, robusto labrador; sus cejas fruncidas expresaban su disgusto, y dijo:

—Has enviado á tu hermano al ejército de los romanos, y disfrutas cómodamente de su herencia; no extraño que alabes la raza extranjera. Al labrador no le agradan de la misma manera las gentes inquietas que vuelven de correr aventuras en país romano, pues suelen ser malos vecinos, despreciadores de nuestras costumbres, fanfarrones y embusteros; para mí las emigraciones á Roma son una llaga de nuestro pueblo; si los jóvenes marchan al campamento extranjero, lo hacen por su cuenta y

riesgo; su pueblo, ni los elige ni los consagra. Yo me honro de habitar constantemente mi país, de trabajar en él y de mantener paz con todos aquellos que hablan la misma lengua y adoran á los mismos dioses. En paz estamos al presente con todo el mundo; si á nuestro hogar llega un alemán, hombre honrado, concedámosle asiento; y si mañana se presenta un romano, honrado también, acaso haremos lo mismo. Ambos tienen que sujetarse á vivir según nuestras leyes; y si no quieren permitirse uno á otro el goce del mismo aire y del mismo fuego, que tomen los sables y ventilen el asunto fuera de la valla de nuestra aldea; el resultado á ellos atañe y no á nosotros. Por esto digo yo hoy: se ha presentado un hombre heróico; romano ó vándalo, sea bien venido á nuestra tribu; amos de nuestra casa seguimos siendo, y sabremos contenerle si fuera un obstáculo á la paz del pueblo.

Así habló, y sentóse disgustado sobre un taburete, mientras los ancianos aprobaban en voz baja. Levantóse Albuino, de noble raza; decíase en el país que desde antiguo tiempo habitaba su casa un espíritu familiar, que en la noche mecía en sus cunas á los hijos de la noble familia, y que este era el motivo de que sus vástagos no alcanzaran el desarrollo y corpulencia comunes en el país; en cambio, eran de distinguida presencia y de fácil palabra. Albuino dijo así:

—Fácil puede serte, ¡oh príncipe! acomodar las opiniones de los señores y vecinos; todos convienen en alabar al héroe que ha llegado á tu casa desde el campo de batalla; sólo algunos recelan que su suerte pese sobre el bienestar del pueblo. Pues es condición de hombres de valor no vegetar bajo el techo hospitalario, ántes bien, con sus acciones crearse partidarios y enemigos; cuanto más penetre en un país la fama de un hombre, más se hace dueño de sus habitantes. No seamos tan suspicaces que vayamos á contar los días de albergue al héroe, cuyas intenciones aún ignoramos; pero sí debemos hacer una pregunta á su huésped. ¿Pide el extranjero solo temporal descanso? Entónces no hace falta deliberar. ¿Quiere, por el contrario, terminar sus días en nuestro país, labrar su casa sobre nuestro suelo? Preciso es que, no sólo la conveniencia del extranjero se consulte, sino también la vuestra propia.

—Cuerda es tu advertencia,—repuso el príncipe con gravedad;—pero me es imposible contestar á tu pregunta: bien te se alcanza que no conviene al huésped inquirir la hora de partida del hospedado; y aunque así no fuera, no haría tal cosa con el hombre desgraciado que ignora él mismo si podrá ver pronto la patria adorada, ó si esta le estará cerrada para siempre.

Volvió á levantarse el impaciente Rothario, y gritó colérico:

—¿Qué tiene que ver nuestra decision con el tiempo? Cuando los Turingios abrimos nuestros corazones, es para siempre. Concédasele el derecho de hospitalidad, y acabemos.

La mayor parte aplaudió estrepitosamente, abandonando sus asientos. Pero Sintram se colocó en medio de la sala, y con penetrante voz gritó:

—Cuida, príncipe, que los jefes de nuestras aldeas no caigan en un oculto precipicio, como rapaces que corren tras de un pájaro; exijo silencio, pues la cosa no ha sido tratada con la prudencia que nuestra conveniencia reclama.

Hizo el príncipe una seña con su baston, y los hombres volvieron á disgusto á sus asientos; un murmullo amenazador se elevó contra Sintram, pero éste prosiguió impertérrito:

—Poderoso eres, Answaldo, y cortante es el hierro de tu pueblo; pero somos Turingios, y hay un rey sobre nosotros; que el rey conceda ó rehuse el derecho de hospitalidad al hijo de otro rey extranjero; no nosotros.

—¿El rey Bisino?—gritaron voces coléricas.

—¿Quiere Sintram tambien que venga un enviado del rey á decir por nosotros los votos que hacemos en nuestro hogar?—preguntó un suspicaz Turingio.

—El rey es el señor supremo,—dijo Answaldo pensativo;—su nombre no debe pronunciarse con aversion en la asamblea del pueblo.

—Demasiado sé,—añadió Sintram, dirigiéndose al que le interrumpiera,—que no necesitamos permiso del rey para albergar en nuestras casas al peregrino estenuado cuyo nombre nadie sabe; pero ahora se trata de un guerrero famosó, enemigo de Roma. Ignoramos las intenciones del rey y si la presencia del extranjero será favorable ó dañosa para ellas; si aquel á quien ocupa la paz de un pueblo alabará ó reprochará nuestra decision.

Púsose en pié Turiberto, el gran sacerdote, que estaba á la derecha del príncipe, y habló con poderosa voz:

—¿Preguntas si el rey aprobará satisfecho ó desviará su colérico rostro? No reprocho tu cuidado; gentes hay que consultan la carrera de la liebre y el vuelo de la corneja. Pero yo voy á deciros lo que está al alcance del hombre sin necesidad de vaticinios. Los Dioses de los hombres han consagrado como ley que concedamos al extranjero inocente tierra y agua, aire y luz. Si el rey se irrita porque nosotros cumplamos como buenos con un suplicante, suframos su cólera, pues más que la del rey pesa la de los Dioses. Ahora, si porque ese hombre ha vertido sangre romana quereis mirarle como enemigo, apagad la llama del hogar junto al que reposa, y conducidle fuera del último bosque de la frontera; así y todo, acaso se crea él lastima-

do, porque ni tal es el uso del país, ni ese es el mandamiento de los Dioses.

—Escuchad una palabra,—dijo Isanbart.—He visto caer á mis hijos en el campo de batalla, y tambien mis nietos han desaparecido de la faz de la tierra, y apénas comprendo por qué me mezclo en esta incesante lucha entre la noche y el dia, entre el invierno y el verano, entre el amor y la cólera de las almas de los hombres. Tal vez los divinos poderes me hayan conservado para enseñar á los jóvenes los destinos de sus padres. En los tiempos primitivos, así contaban los ancianos, los Turingios vivian en las praderas como hombres libres, las tribus ligadas por el juramento de hermandad. Penetró en el pueblo la discordia, y las tribus del Norte no pudieron resistir la espada victoriosa de los sajones; entónces escogieron aquellos un rey; levantaron un elevado sitio y pusieron la diadema sobre la frente de un héroe, el más glorioso en la guerra. Una raza señorial se hizo poderosa; con las rocas de la llanura construyó un castillo de piedra y reunió en sus muros los guerreros del pueblo. Pero nuestros antepasados, los hombres de los bosques, permanecieron independientes sobre el suelo de sus padres, no domados por el poderío real; mucho tiempo duró la lucha entre nuestra tribu y las huestes del rey. Cuando los escuadrones reales llegaban á los setos de la frontera, marchábamos con nuestros ganados al fondo de los bosques, y contemplábamos con amargura las llamas que devoraban nuestras casas del valle; detras de los bosques talados contábamos los dias, hasta que llegaba el de la revancha, que tomábamos en hombres y ganados de los dominios del rey. Por fin, el rey ofreció amigable arreglo: un niño era yo cuando los hombres de nuestra tribu doblaron su cerviz por vez primera ante la roja diadema real. Desde entónces nuestros guerreros jóvenes asisten al rey en sus guerras, y éste nutre nuestras filas con sus gentes cuando la tribu pelea contra los Rattos fronterizos. Con disgusto ven los reyes nuestra tibia adhesion, y sus enviados han intentado más de una vez avalorar nuestros ganados y contar las gavillas de nuestras mieses; y más de una vez tambien, ya en vida vuestra, ha habido querellas con las gentes del rey. Mútuas ventajas nos obligan á la paz; pero los consejeros del rey espían envidiosos desde las almenas del real castillo las praderas cerradas por nuestros libres bosques. Hasta el presente no hemos recibido agravio serio; de la real fortaleza llegan joyas y vestidos para adornar los cuerpos de nuestros nobles, y amistosos saludos acogen á nuestros paisanos en el salon del rey. Pero yo aconsejo que no nos habituemos á servicios no exigidos, que no preguntemos al rey Bisino para que éste conteste, que no supliquemos á un

señor y este conceda graciosamente; todo acto que realza su poder es bien acogido en la corte. Si nosotros consultamos hoy sobre el derecho de hospitalidad y pedimos aprobacion, mañana tendremos que rebibir órdenes de un enviado del rey. Creo, pues, mejor dejar las cosas como hasta aquí han estado; acoger al huésped es un derecho doméstico, nuestro exclusivamente, no del rey: terminemos, pues. Cuando estaba en lo mejor de mi edad marché como compañero de viaje con el padre de nuestro príncipe, y combatí al lado del héroe cuyo hijo espera á las puertas de nuestro hogar; hombre benigno, magnánimo y fuerte era el padre, y veo que el hijo es de su mismo temple. Cuando ayer en los juegos encontré al joven héroe, parecióme soñar con mi juventud; no ví ante mí un extranjero, sino un amigo, y al estrechar su mano, creía estrechar la del difunto monarca. Ved por qué suplico para él la buena voluntad del pueblo y un asiento en nuestros hogares.

Sentóse el anciano pausadamente, pero alrededor del hogar resonaron unánimes aclamaciones mezcladas con el ruido de los sables.

—¡Salud á Isanbart, salud á Ingo! ¡Le concedemos el derecho de hospitalidad!

Levantóse el príncipe y cerró la deliberacion.

—Os doy las gracias, mis amigos y paisanos. Lo que se ha tratado aquí, mirese como dicho y olvidado; ninguno busque querella á otro por las palabras desagradables. Conviene que las cabezas del pueblo aparezcan unánimes en sus decisiones, si la duda y la discordia no han de turbar la paz del comun.

El príncipe pasó de hombre en hombre, estrechando sus manos; tambien estrechó la de Sintram, y éste sonrió al príncipe con la mayor cordialidad; cuando llegó el turno á Rothario, gritó éste:

—Estoy muy satisfecho.

Y estas palabras hicieron sonreír á las más graves fisonomías.

Abrió Hildebrando las puertas, y los héroes salieron con no pesado paso á la pradera en que les esperaba la apiñada muchedumbre. Las gozosas exclamaciones de ésta revelaron al extranjero el resultado del Consejo, y fué invitado á penetrar en el círculo de los vecinos, que inmediatamente, segun el uso consagrado, le acompañaron hasta la gran caldera que pendía sobre el hogar del príncipe. Junto á ella pronunciaron el juramento de alianza los jefes del pueblo, y despues Ingo. Tomó Answaldo la palabra y dijo así á su huésped:

—Jurada está ya la alianza, y dentro de mi castillo te se preparará una casa, que será tu aposento todo el tiempo que te agrade. Búscate tú mismo servidor; entre mis domésticos elige el que te convenga; sólo excluyo á Hildebrando, que necesito

como introductor, y á Theodulfo, que es tambien de raza noble. Todos los demas se estimarán honrados en hacer sobre tu mano el juramento de fidelidad y seguir tus pasos mientras habites entre nosotros, y mucho más cuando sepan que este es mi deseo.

Acercóse Ingo á Wolf, y dijo:

—Tú fuiste el primero que ofreciste al extranjero, en la marca del país, el pan y la sal, y cariñoso has sido conmigo hasta aquí. ¿Te arriesgas á ser compañero de un desterrado? Mis únicos tesoros son el bosque y el campo de batalla, si el príncipe me permite perseguir la caza en el primero y despojar al enemigo vencido en el segundo. Vas á seguir á un pobre señor, y más recompensa no puedo ofrecerte que buena intencion y leal ayuda con espada y escudo:

Wolf contestó:

—Enséñame, señor, tu arte de combatir, y yo ganaré tesoros en las batallas, si los Dioses me sacan con vida de ellas; y cuando ellos te inviten á sus celestes salas, seguro estoy de que el camino que recorreré detrás de tí será camino de gloria.

Así dijo, y prestó el juramento sobre la mano de su nuevo señor.

Hasta Theodulfo quiso reconciliarse con Ingo. En el festin de hospitalidad que tuvo lugar por la tarde, habíase acercado Sintram con otros parientes á Theodulfo. Tratóse del modo de impedir las consecuencias de las querellas habidas, y Theodulfo, seguido de sus parientes, se acercó á Ingo y le dijo:

—Distinto es el aspecto de la tierra cuando el sol rompe las nubes. No había aún aprendido lo que valías, cuando mi lengua te fué desfavorable; mis discursos no se dirigían á tí, sino al hombre oscuro que ha desaparecido; olvídalos, pues, y que no sea yo el único en esta sala que con razon merece tu resentimiento.

Y el príncipe añadió:

—Bien dice, héroe; ninguno de nosotros desea tu mal. Tambien yo te pido la reconciliacion; mia fué la culpa de ocultar tu nombre á mis servidores.

Ingo contestó:

—El canto del trovador me hizo olvidar los insultos, Theodulfo, y no he vuelto á pensar en vengarlos.

Levantábase para el mísero Ingo una nueva aurora brillante y rica de felices presagios; pero en los bosques de las montañas pronto sucede á la más despejada mañana la tormenta, y la efusion de los corazones desaparece empujada por el huracan de los pensamientos coléricos.

GUSTAVO FREYTAG.

(Trad. de la sexta edicion alemana, por GENARO ALAS.)

(Continuará.)

APUNTES CRÍTICOS.

El Self-government y la monarquía doctrinaria, por D. Gumersindo de Azcárate.—*Cronicon científico popular*, por D. Emilio Huelin.—*Historia del derecho de Cataluña, Mallorca y Valencia*, por D. Bienvenido Olivier.—Zorrilla en el Ateneo de Madrid.

Todo el que se interese por el triunfo de las grandes ideas sobre las viejas y torpes preocupaciones, todo el que siga con amor y sobresalto los vacilantes, pero no interrumpidos pasos de nuestra cultura, no podrá menos de acompañar con el mismo interés y emoción el desarrollo de una inteligencia privilegiada que, nutriéndose con honrados propósitos y nobles ideales, marcha con decisión y ardimiento por los senderos de la verdad. El desconsuelo que se apodera del espíritu cuando al mirar á su alrededor observa el rebajamiento moral de las inteligencias y de los corazones, cuando los ve con disgusto y repugnancia al servicio del sordido interés ó la malicia, se torna en ilusión y respiro cuando alcanza á contemplar uno de esos hombres que consagran un culto incondicional á la verdad y al honor. El nombre del Sr. Azcárate, por dicha para él, excita hoy en nuestra patria estos sentimientos de respeto y admiración que jamás ha dejado de tributar la humanidad á la ciencia, si esta vive en ejemplar consorcio con la sinceridad y la alteza de miras. Por esta razón, un nuevo libro que sale de su pluma no es acogido con recelo ni reserva, como suele acontecer con esas innumerables y frívolas producciones que cada día ven la luz sin méritos para ocupar un punto la atención del público, sino como el fruto sazonado de largos y reflexivos estudios.

El último libro del Sr. Azcárate versa sobre el mismo asunto que el tema discutido calorosamente en estos instantes por la sección de ciencias morales y políticas del Ateneo de Madrid. La única diferencia consiste en que el libro del Sr. Azcárate enuncia desde luego y con toda franqueza el problema que el tema del Ateneo oculta entre los pliegues de un estudio histórico. Aquí la Constitución inglesa sirve de punto de mira para el estudio de todas las cuestiones que entraña el derecho político moderno; allí estas cuestiones se presentan por su orden lógico, sirviendo únicamente la Constitución de Inglaterra como de punto de referencia para la comprobación práctica de las doctrinas que se exponen. Lo dicho basta para que se eche de ver que bajo el punto de vista del método, de la estrecha trabazón y dependencia de los términos, y de la claridad de las ideas, el trabajo del Sr. Azcárate lleva ventaja á los que se están efectuando en el Ateneo, aún cuando éstos le superen, por ser la obra de muchos y encontrados pensadores, en ri-

queza, movimiento y colorido. La forma del debate y el choque vigoroso de las doctrinas que de él se origina da por resultado muy á menudo el que las verdades se depuren y los errores aparezcan en toda su desnudez; mas con cuánta frecuencia se extreman las ideas, se abandonan los verdaderos puntos cardinales de la cuestión para examinar tan sólo los detalles, se apela á las galas de la retórica para ocultar la miseria de la doctrina, y degenera la argumentación en pura sofistería!

El Sr. Azcárate no se extravía jamás del objeto que persigue. Aborda con resolución los problemas del derecho político como quien se encuentra seguro de deshacer las nieblas en que viven envueltos desde que sobre los principios simples y absolutos del antiguo régimen se alzó ese espíritu ecléctico cuya laboriosa urdimbre, de formas y combinaciones infinitas, aún sofoca el libre desarrollo de los códigos políticos modernos. El primer capítulo de su libro está consagrado á destruir, más que á destruir, á aventar, la famosa doctrina de los partidos *legales é ilegales*. La empresa de combatir esta deleznable y desdichada teoría no ofrece grandes dificultades; mas el Sr. Azcárate se da tan buena maña para despojarla del cortejo de sofismas que la protegen, que ya no puede quedar duda á nadie de su vergonzosa flaqueza.

A aquellos que confundiendo las sagradas instituciones cuya esencia no puede ser atacada, porque tiene un apoyo en la naturaleza humana, con las formas emíferas ó estables que revisten dentro del desenvolvimiento histórico; á los que haciendo una ridícula y pretenciosa amalgama de los fundamentos irracionales aunque sencillos del pasado régimen con los principios infiltrados en la política moderna, sostienen la inmutabilidad de ciertas formas del poder, y á los que por virtud de estas premisas pretenden sustituir un *despotismo doctrinario* al más lógico y más franco del pasado, recomendamos la lectura de este capítulo, donde hallarán expuestos con lisura los funestos errores á que da lugar su concepción gubernamental.

Está consagrado el segundo capítulo al estudio de la forma de gobierno *personal*, distinguiendo en ella el autor dos matices distintos, el *cesarismo* y la *monarquía doctrinaria*. Deploramos con toda el alma que al tratar del primero se haya dejado arastrar el Sr. Azcárate por su ardorosa pasión hácia la libertad, y descargue tan rudos y, á nuestro juicio, inmerecidos golpes sobre esta forma ocasional de gobierno. En la política, como ciencia histórico-filosófica, no es posible fijar la vista tan sólo en los principios desconociendo el valor de los hechos, ántes por el contrario, precisa que el pensador examine cuidadosamente y pese con esmero la inmensa variedad de circunstancias y de situaciones que

en los pueblos se producen, ántes de lanzar eterno anatema sobre una forma política que ha surgido y surgirá siempre como una tabla salvadora en el océano de las revoluciones. Establécese en este capítulo una diferencia que el autor no logra justificar, porque es arbitraria, entre dictadura y cesarismo, aceptando como buena la primera y condenando incondicionalmente al segundo. Ambos tienen para nosotros la misma esencia, y no los separa otra barrera que la del tiempo. El dictador se impone á una sociedad desquiciada y desgarrada por la lucha de los elementos que en ella coexisten: en este sentido no puede ser, como el Sr. Azcárate afirma, un mandatario de la sociedad, sino el representante de una idea, de la idea de la unidad. Si el dictador, después que ha devuelto el equilibrio á los opuestos elementos que combaten, lleva en su espíritu otra idea que la de orden y aspira á realizarla en su país, es cuando la sociedad le aclama César. Téngase bien presente que todo César ha comenzado por ser dictador, lo cual claramente significa que no existe entre uno y otro cargo la esencial diferencia que el autor establece. Con mayor acierto é imparcialidad examina el problema de la legitimidad de las revoluciones. Para el Sr. Azcárate sólo están justificadas cuando absolutamente faltan en un país las condiciones necesarias para que el hombre pueda realizar su destino. En este capítulo y en los restantes de la obra discurre su autor con tal precisión y madurez de juicio, que bastan para colocarlo entre los primeros pensadores, no sólo españoles sino extranjeros. El capítulo relativo al Jurado, por lo sóbrio, por lo claro y por lo contundente, es acreedor á mención especialísima.

El Sr. Huelin, que con la publicación de un *Cronicon científico popular* había emprendido hace ya algun tiempo la tarea de difundir en nuestro país los conocimientos científicos, ha ofrecido al público en estos días otro ensayo del mismo género. Sentimos no estar conformes con el ensayo ni con el género. Esta literatura, que pudiéramos llamar *recopilada*, no prueba ninguna pericia en el que á ella se consagra, y no aporta otros resultados que los de fomentar la pedantería. Iniciar á los profanos en todas las fases de la cultura moderna, llevarlos desde la contemplación atenta del insecto al estudio de la velocidad de los astros para introducirlos después en los talleres donde se laboran los artefactos de que se sirve la sociedad actual, no es obra digna de un verdadero sabio, teniendo presente, sobre todo, el inmenso progreso que alcanzan en este instante las ciencias que el autor denomina positivas. Limitárase con más modestia el Sr. Huelin á redactar un «Anuario científico,» donde se consignasen sim-

plemente los acontecimientos más notables cumplidos en la esfera de la ciencia (y no con aires de enseñarlo fundadamente todo en breves páginas), y nadie podría, como ahora, calificar de descabellado su proyecto. Advertámosle, además, que si trata de vulgarizar la ciencia, es preciso que conceda ménos precio á las obras de su ingenio, máxime cuando no habrá tenido necesidad de atormentarlo gran cosa para formar lo que él mismo denomina una compilación.

Otra de las producciones que recientemente han visto la luz pública es la *Historia del derecho de Cataluña, Mallorca y Valencia*, por D. Bienvenido Oliver. El tomo primero, con que el autor da comienzo á su publicación, comprende la historia crítica del Código de Tortosa, escrita con un conocimiento del derecho patrio antiguo, poco frecuente, por desgracia, entre los que hoy dedican sus talentos al foro. Obras como esta á que nos referimos, hace mucho tiempo que están reclamadas con urgencia por la ciencia jurídica española, á fin de que no se dé ya más el caso de que extrañas gentes vengán á desenterrar las glorias que jamás debiéramos haber puesto en olvido.

Un suceso por extremo interesante tuvo lugar noches pasadas en el Ateneo de Madrid. Un ilustre poeta, quizá el más ilustre, y sin duda ninguna el más espontáneo de los que existen, alejado por algunos años de su patria, de esta patria cuyo radiante sol y diáfano ambiente, cuyo frescor y lozanía ha sabido reflejar con tanta maravilla en sus inmortales versos, aparecióse otra vez saludando con inspirados cantos á la numerosa concurrencia que se agrupaba en aquel recinto, ávida de contemplar de nuevo la figura de Zorrilla. Llegó el poeta á las riberas españolas sin que su prolongada estancia en extraños países hubiese conseguido llevar á su espíritu ni un átomo de cosmopolitismo. Llegó cantando las glorias, las tradiciones, los hermosos recuerdos de la patria, pero al mismo tiempo como un sér anacrónico, incomprensible en estos tiempos. Sus canciones dulces é inocentes en nada se asemejan á los vibrantes y ásperos sonos que exhala la lira de hoy, herida por las congostas de la duda ó por los gritos de la desesperación. Sus endechas, delicadas como el soplo de las auras en Abril, suaves como el cántico nocturno del ruiseñor, despertaban en nuestra alma los amables recuerdos de la infancia. ¡Quién no ha escuchado cuando niño de boca de sus padres algun verso de Zorrilla! ¡Quién no se ha conmovido adolescente con las peregrinas aventuras de los fantásticos personajes de sus leyendas! Pero al mismo tiempo no podíamos ménos de observar la radical contradicción en que se halla

nuestro poeta con el tono adoptado por la musa de los tiempos actuales. Encerrado en su peculiar inspiración, como en valle solitario y frondoso donde no se escuchasen los medrosos quejidos del mar que lo circunda, sino sólo los trinos de las aves y los rumores del bosque, bajo un cielo siempre azul y trasparente, ha dejado pasar sobre sí en plácido deliquio la balumba de los años. Por eso sus canciones producen en nuestra escéptica juventud amarga sonrisa de lástima, porque son los ecos cadenciosos, que el viento trae en sus alas, de una fe y de un entusiasmo que há mucho tiempo huyeron de los corazones.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

LOS ESTUDIOS HELÉNICOS EN ESPAÑA.

APUNTES PARA UNA HISTORIA DE LOS ESTUDIOS HELÉNICOS EN ESPAÑA, POR EL DOCTOR DON JULIAN ARAIZ.—MADRID, 1876.

Tiempo há tenemos pensado y nos habíamos propuesto hacer este trabajo, á lo que nos impulsaba, de un lado, el deseo de dar á conocer una obra de índole tan especial como la que nos ocupa, y de otro, la promesa hecha á su autor de emitir públicamente nuestro juicio acerca de ella. Y ya hubiéramos realizado nuestro pensamiento y propósito si no nos hubiera detenido la esperanza de ver que críticos más autorizados y suficientes que nosotros se harian cargo de la importancia y oportunidad del libro de que vamos á hacer detenido análisis; pero, al notar la indiferencia con que su aparición ha sido acogida y observar que únicamente fuera de España es donde ha merecido ser tomada en cuenta, y donde la han dedicado frases harto lisonjeras, si bien justísimas, no podemos ménos de hacer lo que otros hubieran hecho mejor, y con mayor obligación, puesto que nuestra amistad con el autor nos eximía de prodigarle elogios que pudieran parecer parciales é interesados.

Una vez, pues, decididos, cúmplenos llenar nuestro propósito todo lo más seriamente posible, á cuyo fin, vista y revista la obra, evacuadas las citas sobre cuestiones y dificultades que se nos han suscitado, escribimos el presente trabajo, en el que hemos procurado establecer el mejor orden y método, para que pueda ser estudiado y apreciado exactamente el libro del Sr. Araiz.

La obra de nuestro amigo está muy léjos de ser una improvisación del momento hecha con objeto de satisfacer un capricho de su autor y de alardear una erudición que, sin embargo, cualquiera le concederá de buen grado cuando la haya leído; es, por el contrario, el fruto de largos estudios y me-

ditaciones, de un profundo conocimiento de los clásicos antiguos, de un gusto especialísimo por estos estudios, y del más laudable deseo de fomentar esos estudios en España, que ha sido la heredera de tales glorias literarias.

Hé aquí cómo tuvimos la primera noticia formal y completa de esta obra.—Existe en Vitoria una sociedad ó reunion no periódica, ni reglamentaria, que con el título de *Tertulia literaria del Setenta y Tres*,—por el año en que se fundó y por el número de la casa donde celebra sus sesiones,—tiene por objeto la lectura de poesías, artículos de todas clases, traducciones de obras notables, y otros trabajos así científicos como literarios y artísticos; en dicha tertulia fué, con grande asombro por nuestra parte, donde oímos leer algunos párrafos y capítulos de esta obra, que por lo serio é importante del asunto desdecía, ó por lo ménos, contrastaba con el de los demás artículos, en su mayor parte ligeros ó festivos, llamando nuestra atención hasta el extremo de rogar y obtener de su autor nos permitiese la lectura y exámen del conjunto, de cuyo exámen resultó el juicio que vamos á exponer; juicio imparcial que no apoyaremos en una autoridad que estamos muy ajenos de atribuirnos, sino en la simple exposicion de la obra, que vamos á hacer de seguido, si no compensando, tratando, al ménos, de compensar la indiferencia de nuestros críticos.

Entremos en materia.

Divídese la obra en seis partes, destinadas cada una á explanar las diferentes secciones de que se compone el plan tan discretamente concluido cuanto magistralmente realizado, y no quisiéramos en nuestro análisis separarnos un punto de él, para así hacer, sobre más fácil, más comprensible y claro nuestro trabajo.

Después de dejar sentado y probado suficientemente en la *Introducción* que para apreciar debidamente el griego no es rigurosamente preciso ser clasicista; de lamentar el desprecio en que ha caído en España, donde ha sido desterrado de la segunda enseñanza, y combatir con argumentos de peso, propios y extraños, las aficiones de escritores como Feijóo al francés con preferencia al griego, á pesar de ser ferviente latinista, manifestándose partidario del estudio del griego en la segunda enseñanza—en lo cual no estamos conformes,—trata en los *preliminares* de la importancia de la ciencia del lenguaje en general, materia á que parece imposible dar novedad por ser harto manoseada, siendo difícil distinguirse en ella como no sea dando en atrevido ó excéntrico, extremos de que huye diestramente el Sr. Araiz, sin dejar de dar á sus ideas un tinte de originalidad agradable.

Ocúpase á continuación de los orígenes de la lengua griega, que hace proceder del sanskrit, pon-

derando sus excelencias y la conveniencia de su estudio; trata del alfabeto griego, que él tiene por semítico, en lo que guarda absoluta conformidad con los más notables helenistas españoles y extranjeros de ésta y anteriores épocas; hace notar las analogías ortológicas y ortográficas entre el griego y el castellano; da la clave ortográfica en la derivación de las lenguas, especialmente en el griego, latín y castellano, haciendo mención de los estudios etimológicos y orígenes de la lengua castellana, según los más notables escritores, que cita y comenta; y termina los preliminares con las analogías gramaticales del castellano con el griego en las diferentes partes de la oración, y las semejanzas en el carácter de ambas lenguas, principalmente en la existencia de dialectos; asuntos todos en que á sus propios conocimientos y experiencia añade cuanto de notable y probado se conoce de escritores helenistas, á los que combate en aquello que supone ó logra probar que están equivocados, demostrando con esto su competencia en la materia.

Parécenos, sin embargo, que en ciertas cuestiones que no entrañan un asunto puramente científico, como en la referente al estudio del griego en la segunda enseñanza, no está tan acertado como en otras, lo que atribuimos, más que á falta de criterio—que de él no podría carecer quien de tenerlo excelente ha dado tantas pruebas,—á sus aficiones clásicas, que le llevan á ver excelencias de aplicación cuya existencia es bastante cuestionable. De todas maneras, su buen deseo le disculpa, y hemos de perdonarle lo que no es una falta, sino una exageración, tan natural como inocente, en gracia de lo mucho bueno que, por lo demás, ha hecho.

Proponiéndose á continuación dar á conocer los estudios griegos en España, desde su principio, se ocupa, en la sección primera, de las colonias griegas que existieron en la Península, como principales implantadoras de su lengua en nuestro país, y detiéndose en noticias históricas y fabulosas sobre la venida, progreso y fin de estas colonias, en las diferentes comarcas de España, indicando las expediciones narradas por Herodoto, el establecimiento de los griegos de Zaznito, de cuyas construcciones tiene bastante que decir, así como de los restos arqueológicos de los focenses; y después de combatir una opinión de Larramendi acerca de los elementos de civilización importados por los griegos, viene como de la mano á tratar de las primeras enseñanzas del griego en España en tiempo de Sertorio, continuadas en el de Augusto, y de los profesores de aquellos tiempos que precedieron á los helenistas hispano-romanos.

Presenta después las épocas en que los estudios históricos son una consecuencia de los helénicos, por estar enlazados unos y otros de manera que es

imposible separarlos, y siguiendo el orden cronológico, sucintamente reseña los helenistas coetáneos de la dominación romana, los que aparecieron haciéndose notables durante la monarquía visigótica y los que cultivaron estos estudios entre los árabes y judíos venidos á España después de la desastrosa jornada del Guadalete. Todo esto da motivo al Sr. Apraiz para investigaciones históricas de gran precio y cuestiones que se suscitan á consecuencia del enlace de unos hechos con otros; cada nombre de un helenista notable hace discutir un suceso, y van indicándose las causas que motivaron ó sirvieron de rémora á estos estudios, con tanta copia de datos y de noticias, tal tono de verdad y convicción, que al par que convence, pasma, y fuéranos preciso para dar cabal idea trasladar aquí literalmente párrafos y aún capítulos enteros; dando lucido remate á esta sección una clara y erudita noticia de las tradiciones helénicas recogidas por la literatura eclesiástica y la primitiva poesía castellana, algo sobre la formación de los romances, principalmente el castellano, bastante de historia en relación con el asunto, y un poco sobre los principales helenistas y helenófilos de la Edad Media. En esta sección la amenidad de los sucesos que sencilla é imparcialmente refiere harían más recomendable su trabajo si este no fuera ya bastante por las cuestiones que plantea y que el autor resuelve con acierto, apoyado en autoridades serias, en la misma lógica de los hechos y en su propio criterio, que es excelente.

Es la sección segunda, la más extensa y la más importante, si se atiende á que en las épocas que describe tomaron altísimo vuelo los estudios helénicos, debido á la decidida afición de los magnates y damas principales, á la protección de los reyes y grandes, á la creación de universidades, dentro y fuera de España, donde había cátedras de griego, y sobre todo á la invención de la imprenta. El Sr. Apraiz sabe hacerse cargo de todas estas circunstancias, y dar cuantas noticias son necesarias para el completo y exacto conocimiento del asunto, señalando con notable tino las que contribuyeron al esplendor de estos estudios y las que solo sirvieron para amenguar su progreso. Los estudios gramaticales y los que á ellos ó á su enseñanza se dedicaban, con noticias relativas á obras escritas y establecimientos de enseñanza, le sirven de tema para los siguientes artículos, y de época en época viene á parar naturalmente á la en que estamos, no sin dar cuenta de lo hecho, escrito y sabido de las inmediatamente anteriores, y los siglos XVIII y XIX le merecen toda la atención que á ellos debía consagrarse, por ser los que más directamente nos interesan y de cuyos resultados y trabajos hemos sido testigos.

Algunas palabras se dedican á los estudios helénicos verificados en la Universidad libre de Vitoria, de que el autor fué catedrático y decano, y á los helenistas contemporáneos principales, cuyas obras y trabajos muestra conocer de una manera cabal.

La tercera y última seccion está destinada á dar cuenta de las traducciones que de obras griegas se han hecho directamente en los diversos géneros de aquella literatura; y los traductores españoles y extranjeros de todos tiempos están citados por un orden relativo á su antigüedad, á la importancia de los géneros y de las obras, y perfectamente enumerados y clasificados. Trabajo es este difícil de apreciar debidamente y que prueba la afición del autor á estos estudios, su indisputable competencia y la constancia y aplicación que necesariamente tienen que adornarle.

Concluye el autor su trabajo con un resumen general de todo él, manifestando las causas que motivaron su publicación y dando dos magníficos cuadros sinópticos; uno, de los escritores griegos y sus traductores españoles, y otro de los principales traductores castellanos de obras griegas, ó sea plan de una biblioteca escogida de autores griegos vertidos á la lengua castellana.

Llegamos á la última parte de nuestro trabajo.

Tócanos ahora examinar en conjunto el libro del Sr. Apraiz, juzgar á este como escritor helenista, insistir en ciertas cuestiones, unas resueltas y sin resolver otras, en el curso del libro, y ver la importancia que estos estudios y las obras que como la presente á ellos se refieren, tienen en la literatura, en las ciencias y en las relaciones de las sociedades actuales.

Fruto, como hemos dicho, de detenidas meditaciones, el libro del Sr. Apraiz está escrito con esa seguridad que da el perfecto conocimiento de la materia; la parte histórica se distingue por la precisión y exactitud, así como la biográfica; los hechos que no se relacionan con la historia se hallan estrictamente relatados; la doctrina no se aparta un punto de lo universalmente convenido y sancionado, y en cuanto á las condiciones de estilo y lenguaje, creemos, y con nosotros todo el que lea, que poco deja que desear.

El Sr. Apraiz es un escritor castizo, correcto y consumado helenista; prueba lo primero, el interés que ha sabido dar á la materia, árida de suyo y enojosa para el que no tiene hácia ella marcada predilección, y atestigua lo segundo el conocimiento que muestra tener de cuanto se ha dicho y hecho acerca de esta cuestión; su competencia está acreditada, y de no estarlo hubiera venido á acreditarla el significativo é importante hecho de haber su obra sido leída y juzgada en el extranjero, donde los estudios helénicos tienen mayor aprecio que en España, y en

donde, aunque injustamente, se mira con tan soberano desprecio todo lo que nos pertenece.

Réstanos hacernos cargo de ciertas cuestiones, directas unas, incidentales otras, que el Sr. Apraiz ha suscitado en su libro.

La primera es, si los estudios helénicos debieran comenzarse en la segunda enseñanza ó más tarde en facultad superior.

El autor opina que debe ser del primer modo, dando como razón el que para casi todas las carreras ó profesiones se hace necesario el conocimiento del griego, especialmente para la de ciencias; afirmación que queda destruida con afirmar que de los estudios hechos de esa manera, apenas queda al que decididamente á ellos se dedica más que algunas etimologías y conocimientos adquiridos de viva voz y en fuerza de la costumbre; pudiendo muy bien quedar limitada la enseñanza del griego en esa época á la simple noción de las palabras técnicas castellanas procedentes del griego, porque ó hemos de sacrificar la mayoría de los que estudian, que no necesitan del griego, á la minoría que lo han menester, ó siendo lógicos hemos de prescribir el estudio de otras lenguas que también han sido ingeridas con más ó menos modificaciones en la nuestra, lo cual, además de absurdo, es imposible.

Para terminar, hallamos la obra del Sr. Apraiz muy buena en cuanto á la forma y al fondo, aunque no inmejorable como él mismo se encargará de probar: bien quisiéramos que los ejemplos prácticos abundaran más, pues hay períodos y situaciones en que un caso concreto probaría más que cien argumentos; pero como, por otra parte, el mérito de la obra es tal que deja satisfecho al más exigente y escrupuloso, no insistimos sobre esto. En una palabra, el Sr. Apraiz ha tomado ó escogido lo mejor de lo mejor, ha añadido sus propias reflexiones y el fruto de sus afanes, ha enriquecido el conjunto con multitud de notas que derraman inmensa luz sobre ciertas cosas que parecían oscuras y con datos, algunos hasta hace poco ignorados ó de pocos sabidos, y lo ha embellecido con las galas de una dición correcta y estudiada digna de la nombradía del Sr. D. Julian Apraiz, que es uno de los más notables literatos de las provincias.

FERMIN HERRAN,

de la Academia Cervántica Española.

LOS PRINCIPIOS DE LA CIENCIA.

«La observacion y el estudio de los hechos, y su reproduccion despues por medios artificiales, constituyen la marcha natural y fecunda de la ciencia práctica.....

ni una ni otra por sí sola forman la ciencia completa.»

(Echegaray.—*Teorías modernas de la Física, Introduccion*.—Madrid, 1873.)

I.

La frase que dejamos anotada, no sólo por creerla un axioma fundamental de la ciencia, sino por ser de un respetable escritor, nos ha dado lugar á la serie de consideraciones que vamos á exponer.

Quizá haya quien las crea extravagantes ó ridículas; quizá quien crea ser la exposicion de un escepticismo pretencioso; no, las consideraciones que exponemos son hijas del convencimiento y de la más sana intencion.

II.

Todos sabemos la importancia que en la ciencia ejerce una hipótesis fundada en un hecho, ó un hecho fundado en una hipótesis.

Las hipótesis no pueden ser nunca más que hipótesis; nunca pueden ser consideradas como *verdades*, porque si la hipótesis llega á ser la exposicion de una *certeza*, pierde por completo el carácter que la distingue.

La hipótesis puede llegar á ser evidente en su fondo; pero la evidencia no nos revela el carácter absoluto de la verdad.

La certeza del hecho lucha con el error, que apenas puede deshacer la constante fijeza de nuestros falaces medios de conocer; mucho más, si tenemos presente que, en los hechos, la ciencia busca *cuándo, cómo y por qué* el hecho existe, y en qué circunstancias se desenvuelve su existencia.

El hecho no es el principio de la ciencia; los fundamentos de su existencia son los que la forman.

Nuestros medios de conocer se desarrollan en medio de nuestras contemplaciones; y despues del experimento, formulamos las hipótesis que nuestra razon nos sugiere.

Tras una *posibilidad*, entrevemos una *probabilidad*.

Tras una hipótesis otra hipótesis.

El tiempo y una casualidad, son los que nos prueban estas verdades ideales, y á veces nos muestran un absurdo; pero sea de un modo ó de otro, la ciencia gana con sus triunfos ó con sus desengaños, que son tambien triunfos.

III.

La armonía entre la razon y la ciencia es innegable, y la verosimilitud en infinitos casos, y las analogías y las paridades, son elementos poderosos que auxilian al experimentador y al sabio, al hombre de ciencia y al filósofo.

La ciencia es la verdad, y la verdad es una.

Y si para llegar á la verdad, si para llegar á la posesion de la ciencia, necesitamos la certeza del hecho y la evidencia de la hipótesis, necesariamente hemos de admitir como innegable el axioma que antecede á estas líneas.

La observacion es el medio por el que poseemos la certeza del fenómeno: la hipótesis es el juicio razonado que prueba su evidencia.

Ese *podrá ser*, necesita apoyarse en un hecho primordial, en un fenómeno innegable que veamos realizarse á nuestra presencia.

El cuerpo químico existe; el fenómeno físico sucede; la evolucion fisiológica acaece; la idea nace en nuestra mente.

El cuerpo que existe ¿cómo se forma? ¿cómo se destruye? El fenómeno físico ¿en dónde se inicia? ¿cómo se realiza? La evolucion fisiológica ¿cómo funciona, cuál es y porque la causa que la induce? La idea, ¿cómo vive en nuestra imaginacion?

Esto es lo que nos pregunta la ciencia. Esto es lo que la ciencia pugna por contestar.

La experiencia que viene en apoyo de hipótesis fundadas para demostrarnos cómo se forma el cuerpo, cómo se destruye, qué es el cuerpo, cómo se metamorfosea la materia, se llama *química*.

La experiencia y las hipótesis sobre las evoluciones de accion de esta misma materia, se llama *física*.

La experiencia de las funciones que se desarrollan en la vida del individuo, las hipótesis que indican las causas ocasionales de estas funciones, se llaman *fisiología*.

La experiencia puramente hipotética del pensamiento, se llama *filosofía*.

IV.

La filosofía es la más antigua de las ciencias, es el epilogo de todas, y el resumen de su historia y de su presente.

¿Qué es la experimentacion ó la observacion mas que la base de la ciencia que es del hombre y para el hombre?

Observar es filosofar. El observador es filósofo.

La historia de la ciencia, más antigua que la historia del hombre, puesto que empieza en Dios, nos presenta una hipótesis que debemos considerar como un axioma fundamental.

El hombre, en el primer momento de brillar su

consciencia, comprendió y comprende la necesidad de darse cuenta de los objetos que le rodearan y de los hechos que presenciara.

Este es el deseo de saber. Esta es la filosofía.

Y á este primer impulso de la facultad inteligente y libre, nace un juicio y se formula una hipótesis.

Este es el principio del saber. Este es el principio de la ciencia.

Los hechos aislados no constituyen la ciencia: cada hecho es un fundamento, cada fenómeno es el resultado de una hipótesis que se formuló ó que se formula y que constituyen el núcleo que ha de formar el caudal de los conocimientos que posee.

Quando el caudal de los conocimientos humanos creció hasta el punto de no poderse poseer por un solo hombre; cuando las aplicaciones de estos conocimientos tienen diferentes tendencias, entónces, por una necesidad lógica, han nacido las divisiones y subdivisiones consiguientes para poder aisladamente explotarlas, con las ventajas que proporciona la perfeccion de sus sentencias.

La aplicacion á las necesidades de la humanidad ha constituido esas aparentes antítesis en sus diferentes ramas; pero que fijando algun tanto, se ve claramente que nacen de un mismo tronco.

V.

La *observacion* y la *experimentacion* son insuficientes para explicarnos las admirables leyes de la naturaleza; «ni una ni otra, dice el ilustre Echegaray, por sí sola forman la ciencia completa..... *pedazos de la verdad, y no la verdad entera son los hechos aislados.*»

Es necesario sintetizar y generalizar los hechos que hemos visto, para explicarnos *á priori* hechos que despues se han de resolver.

El físico anunciará el fenómeno que acaecerá fatalmente, cuando las causas primordiales obedezcan á las circunstancias que él crea necesarias.

El astrónomo adivinará los movimientos de los astros y las causas que consigo llevan en sus influencias especiales.

El químico, evidenciará de una manera infalible las fases de una serie de metamorfosis de la materia que vemos.

Pero para llegar á este supremo estado las ciencias, han necesitado corroborar una serie no interrumpida de hechos, siempre igual, siempre precisa, para que podamos afirmar que acaecerán de una manera necesaria.

Y estos hechos que hoy vemos con el pleno convencimiento de su certeza, han sido los que sustituyeron á hechos hijos de la experimentacion tambien, que se creían como ciertos, como innegables, presentándose con una evidencia absoluta, con una constancia incansable.

VI.

¿Cuál era el convencimiento del físico ántes de sancionarse el principio de estática y de gravedad, para formular aquella frase de «*la naturaleza tiene horror al vacío?*»

¿Cuál era el convencimiento del astrónomo cuando no-le era admisible creer que el sol permanecía fijo en el espacio y la tierra giraba con sus dos movimientos?

¿Cuáles eran los principios fundamentales de la química para la explicacion de todas las metamorfosis con las evoluciones de aquellos cuatro elementos primordiales?

Desalojad de un espacio finito el medio que le llena. Privad de aire un tubo, é inmediatamente que se ponga en comunicacion con un cuerpo flúido lo absorberá y se llenará aquel espacio: «*la naturaleza tiene horror al vacío.*»

La experimentacion era evidente y cierta. Cuantas veces se reproducía el experimento, el hecho evidenciaba su certeza. El axioma formulado era una verdad innegable; era un hecho que se veía, que se tocaba con todos nuestros medios de conocer.

El sol aparecía por Oriente de una manera constante, desaparecía por el Occidente, y al dia siguiente, y al otro, y al otro, y siempre lo mismo. El hecho era evidente tambien.

El agua es un compuesto de *cal* y *humedad*; poned una cantidad de agua á la accion del fuego; la humedad, por su propiedad de *antipatia* con el *calor*, desaparece; en la vasija sólo nos quedará la *cal*.

Y ante estos experimentos, ante estos hechos innegables para nuestros sentidos y evidentes para nuestra razon, no había más camino que el que ellos indicaban.

Y sin Newton y su contemporáneo Torriceli, y Galileo; sin Sthal primero y Lavoisier despues, los conocimientos generales del saber permanecerían en la oscuridad de la ignorancia.

Despojad al mundo científico de estos grandes hombres, y buscad la ciencia.

Todo sería inútil, solo encontraríais errores.

VII.

Bernardo Palissy, cuyo genio se había adelantado á Bacon á exponer la conveniencia del método experimental, decía: «*Yo no tengo otro libro que el cielo y la tierra, el cual todos conocen y saben leer.*»

Esa es la dificultad, leer en tan precioso libro. ¡Él es el que guarda todas las verdades! ¡Pero cuesta tanto aprender el alfabeto en que está escrito! ¡Se necesita tanto para poder deletrear en él!

El estudio de las ciencias ha sido siempre difícil.

La razón, esa señora despótica de nuestra imaginación, lucha con la fe; y antes de la creencia, las luchas verificadas en el campo del estudio aniquilan la inteligencia y al hombre, hasta el extremo de hacerle dudar de su victoria:

Grandes ejemplos nos muestra la historia de las ciencias. No há mucho tiempo, cuando las ciencias aún no existían, cuando todavía no existían más que sabios de escuela y academias filosóficas ó misántropos egoístas, cuando el error era respetado por la ignorancia ante el famoso *magister dixit*, entónces es cuando la *dificultad* era más *difícil*. Las luchas del sabio, opuesto y luchando contra los errores de los principios y las preocupaciones del espíritu de su época, eran más terribles, eran más grandes, eran pasos de un progreso que nunca podremos apreciar, que nunca podremos aquilatar en su verdadero valor.

Antes de Palissy y antes de Bacon, la filosofía era la encargada de resolver los grandes problemas de la ciencia.

Però la ciencia retrocedía.

De una verdad conjeturada, y aún vista, se pasaba á un error ó á un absurdo, y á su vez considerado este absurdo ó este error como tal verdad *generatriz* ó verdad de *principio*, se marchaba lentamente al absurdo de los absurdos, á sostener lo que ningún hecho probaba y lo que ninguna razón comprendía.

No creemos necesario descender á la exposición de aquellas teorías, que nos muestran la verdad de nuestras últimas palabras.

VIII.

Resumamos: nuestros medios de conocer no tienen tal perfección que puedan garantizar los resultados de una experimentación.

Una hipótesis fundada en un hecho, por la sola circunstancia de la percepción del hecho, no debe ofrecernos seguridad absoluta en los fines á que tienda.

La observación, y tras la observación la reproducción del hecho por medios artificiales, nos darán los datos más seguros para poder sentar los *principios* que nos han de conducir á la *verdad*.

JOSÉ PEREZ CORTINA.

Velez-Rubio, Diciembre de 1876.

REVISTA MUSICAL.

Los teatros líricos de París en 1876.—Seis óperas nuevas.—*Pablo y Virginia*.—La señorita Albani.—Las óperas que se preparan.—Los conciertos.—Las vicisitudes de la *Sinfonía fantástica* de Berlioz.—Los amores de Berlioz.—Overtura de *El rey de Is*, ópera inédita.—Otras obras de música sinfónica.—Homenaje á la memoria de Feliciano David.—Las últimas obras de Gounod.—Innovación feliz del autor del *Fausto*.

El teatro de la Grande Ópera ha ofrecido en 1876 dos obras nuevas, una de ellas baile; el de la Ópera-Cómica también ha dado dos, y el Teatro Lírico tres; pero hay que tener en cuenta que, si estamos á fin de año, no hemos llegado todavía al cabo de la temporada teatral.

Nadie esperará de nosotros, en este momento, tristes lamentaciones acerca del desgraciado éxito de *Magnifique*, obra procedente del concurso de 1869 y estrenada en el Teatro Lírico; ni nuevas coronas de flores para *Juana de Arco*, ni ditirambos más ó menos expresivos en honor de las obras que han obtenido éxito más ó menos lisonjero. Nadie ignora, cualquiera que hayan sido los triunfos de *Piccolino*, *Les amoureaux de Catherine*, y *Dimitri*, ópera en cinco actos esta última, cuánto mayor que estos triunfos ha sido el obtenido por la ópera *Pablo y Virginia*. El recuerdo de los aficionados á música no consigna nada parecido: el éxito ha sido completo para los autores del libro, para el compositor y para los artistas encargados de la interpretación.

Si las obras nuevas no han constituido en 1876 un contingente numeroso, en cambio han sido muchas las solemnidades artísticas verificadas con obras conocidas. Las más interesantes han sido: en la Grande Ópera, *Freischütz*, *Roberto el Diablo* y *El Profeta*; en la Ópera-Cómica, *Filemon y Baucis* y *Lalla-Roukh*; y en el Teatro Lírico, *Las Erynnies* y *La Giralda*.

Aquí observo que no he hablado del teatro Italiano, que bien merece el trabajo de mencionarlo. La única novedad que nos ha dado ha sido *La fuerza del Destino*, obra desigual, mediana y que sólo ha vivido algunas noches, pero que, como una de las más espontáneas manifestaciones de la primera manera de Verdi, bien merece algún puñado de flores. También el teatro Italiano ha vuelto á dar *Aida*, si bien despojada del prestigio que la prestaban el talento de las señoras Waldmann y Stolz y la voz del Sr. Masini. Después ha presentado este teatro á la que ahora se llama señorita Albani, y en todo París no se habla más que del talento, la distinción, la gracia y la elegancia de la joven prima-donna. Teníamos razón, pues, hace algunos años, al indicar á sus admiradores que no se apresurasen á publicar

el retrato y la biografía de la señorita Albani, porque día llegaría de hacerlo; hoy la joven prima donna es infinitamente superior á lo que era, después de lo que ha trabajado y estudiado. La señorita Albani ha cantado ya dos óperas de repertorio, *Lucia* y *Rigoletto*.

Se preparan: en la Grande Ópera *Le roi de Lahore*, de M. Massenet; en la Ópera-Cómica *Cinq-Mars*, de Gounod; y en el Teatro Lírico *Le timbre d'argent*, de M. Camilo Saint-Saëns. Esta última obra ha pasado por grandes tribulaciones ántes de llegar á la escena. El libro es de la juventud de los Sres. Julio Barbier y Miguel Carré. Primero se confió este libro á M. Xavier Boisselot, el aplaudido autor de *Ne touchez pas á la reine*, el cual, después de haber escrito varios números, renunció á concluir la partitura. Lamentando la determinación de M. Boisselot, celebramos, sin embargo, que el poema abandonado haya caído en manos de un músico tan experimentado y de tanto mérito como Saint-Saëns. El principal papel de *Le timbre d'argent* es mímico y coreográfico.

Pero estamos hablando de las cosas del porvenir, siendo así que escribimos una revista retrospectiva.

Arregladas nuestras cuentas con los teatros líricos, pasemos á los conciertos del Conservatorio, á los conciertos populares y á los del Châtelet, en todos los cuales se han ofrecido obras muy interesantes, unas aplaudidas por primera vez, otras que han ganado mucho en éxito, y otras mejor apreciadas y comprendidas ahora que en otro tiempo.

Debemos mencionar, en primer lugar, la *Sinfonía fantástica*, de Hector Berlioz, conocida también con el título de *Romeo y Julieta*.

Cualquiera á quien hace tiempo se le hubiese preguntado por qué no iba á oír la *Sinfonía fantástica* ejecutada en el Conservatorio bajo la dirección de Habeneck y Cherubini, habría contestado con ese acento italiano que con tanta gracia ha indicado Berlioz en sus *Memorias*: «Yo no tengo necesidad de ir á saber cómo no se debe tocar.»

Quizá Cherubini, si viviera en nuestra época, no demostraría la misma indiferencia, el mismo desden, por una obra que en 1830 debió producir en los músicos conservadores el efecto de una bala de cañón que entra en una iglesia. El público, sin embargo (Berlioz tenía aquel día muchos amigos entre el auditorio, figurando Litz en primer término), recibió casi entusiastamente las dos últimas partes de la sinfonía, la *Marcha al suplicio*, y el *Sabbat*; el baile con su vals alemán, cuyo estilo nos parece un poco *rococo* hoy, fué también aplaudido. Pero no sucedió lo mismo á la primera parte y á la *escena*

campestre, que no produjeron ningún efecto. A instancias de Fernando Hiller, retocó y modificó la sinfonía hasta el punto de que está casi desconocida.

Dos años más tarde, la *Sinfonía fantástica*, aumentada con un episodio nuevo que le sirve de complemento con el título de *Lelio ó la vuelta á la vida*, fué ejecutada por segunda vez en el Conservatorio bajo la dirección de Habeneck. Berlioz regresaba de Italia, donde había permanecido diez y ocho meses, dominado por su amor shaksperiano á la señorita Smithson. Bajo la influencia de esta pasión, había escrito *Lelio* y la *Sinfonía fantástica*, intentando traducir en este drama musical, en esta obra compleja, todas las agitaciones de su corazón. La señorita Smithson no temía que se apagase la llama que había encendido en el corazón de Berlioz, y apenas se acordaba del *gentleman cuyos ojos no revelaban nada bueno*, y que una noche le causó mucho miedo durante una representación de *Romeo y Julieta* en los Italianos. Incitada por un amigo de Berlioz, la señorita Smithson asistió al concierto del Conservatorio, concierto que, en concepto del joven músico desesperado, era «un adiós al arte y á la vida.» Al verle, la joven miss exclamó:

—¡Oh! sí, es él... ¡pobre joven!... sin duda me ha olvidado... así lo espero.

Quizá no decía la verdad. Cuando miss Smithson comprendió que ella era la heroína de aquel drama extraño y doloroso á que asistía por casualidad, exclamó de nuevo:

—¡Me ama todavía!

Y desde aquel momento «le pareció que la sala daba vueltas; dejó de oír lo que pasaba á su alrededor, y volvió á su casa como una sonámbula, sin tener conciencia clara de las realidades.»

La *Sinfonía fantástica* produjo un efecto *atronador*. Berlioz mismo lo dice, y era de los hombres á quienes se puede creer por su palabra. La señorita Smithson se arruinó poco tiempo después en la empresa teatral cuya dirección tomó. Berlioz se casó con ella, y sabido es lo que resultó de esta unión. Romeo no tardó en separarse de Julieta.

Si la *Sinfonía fantástica*, notablemente ejecutada por la orquesta de M. Pasdeloup, no ha producido en el público del Circo un efecto *atronador*, por lo ménos ha sido recibida y aplaudida de tal modo, que ha obligado al director de los conciertos populares á presentarla de nuevo después de un intervalo de quince días. En 1873, no se habían ejecutado más que las cuatro primeras partes. Este año se ha ejecutado entera, es decir, con el *Sueño de una noche del Sabbat*, trozo en el cual el canto del *Dies iræ* está intercalado con una ciencia verdaderamente extraordinaria de las combinaciones armónicas y de los timbres de la orquesta.

«El héroe del drama, el joven músico á quien una dosis de narcótico, débil para darle la muerte, ha sumergido en un pesado sueño, se ve en el *Sabbat*, en medio de un caos horrible de sombras, magas, monstruos de toda especie reunidos, en sus funerales. Rumores extraños, gemidos, carcajadas, gritos lejanos á que responden otros gritos más cerca, todo esto se oye. La melodía predilecta reaparece de nuevo; pero ya ha perdido su carácter de nobleza y de timidez; ya no es más que un acompañamiento de baile innoble, trivial y grotesco; es *ella* que se presenta en el *Sabbat*... Rugidos de alegría estallan á su llegada... *ella* se mezcla en la orgía diabólica... toque fúnebre, parodia burlesca del *Dies iræ*.»

Cada parte tiene su programa explicativo de las diferentes fases de este drama sombrío, en el cual, sin embargo, el baile y la escena campestre son paréntesis plácidos y pastoriles, contrastes hábilmente presentados por el poeta-compositor.

Berlioz tenía apenas 26 años cuando compuso la *Sinfonía fantástica*, y al año siguiente, 1830, fué cuando obtuvo el gran premio de composición musical. Sean cualesquiera los desfallecimientos y las desigualdades que se puedan señalar en esta obra, que ciertamente justifica su título, lo cierto es que lleva ya el sello potente de la increíble habilidad de este músico, cuando aún se hallaba en los bancos de la escuela, de la maravillosa precocidad de este artista de genio, cuyas concepciones eran de tal modo originales y tan atrevidas hace cincuenta años, que todavía nos sorprenden hoy.

El adagio de *Romeo y Julieta*, «una de las más bellas páginas que existen de la música sinfónica,» ha sido repetido varias veces y calurosamente aplaudido.

En los conciertos populares, como en los del Chatelet, sería más amplio el lugar que se concede á las obras del ilustre maestro, y más digna de su genio la interpretación, si algunas de sus obras no exigieran un aumento de gastos considerables para ambas sociedades, que carecen de masas corales y de intérpretes de primer orden (1).

El Estado no hace nada por estas sociedades, y por cierto que este injustificado olvido es tanto más lamentable, cuanto que estas corporaciones dan seguro asilo, en la medida de sus fuerzas, á músicos que el teatro parece condenar á inmerecido ostracismo.

La ópera de *El rey de Is*, de M. Eduardo Lalo, que M. Padeloup nos ha hecho conocer, es una

(1) Algo de esto puede también decirse de la gran Sociedad de Conciertos de Madrid.—(N. del T.)

página instrumental de vastas dimensiones, magistralmente tratada y fundida en un molde que no es el trivial de las overturas corrientes. Los dos andantes podrían pasar por una innovación, si hubiera algo nuevo bajo el sol. En la segunda audición se le han hecho algunos cortes, por medio de los cuales se ha puesto más en relieve el plan general de la obra y la belleza de los detalles. La extensión no es un defecto que está al alcance de todo el mundo. Algunos críticos, difíciles de contentar, encuentran grandes dimensiones en Ricardo Wagner, en Berlioz, y aún en Beethoven.

El Rey de Is es una ópera en cinco actos, cuyo asunto es una leyenda bretona, y que, no más feliz que *Fiesque*, se halla todavía en cartera.

Otras dos overturas notables se han oído en los conciertos populares: una de M. Paul Lacombe, y la otra de M. Tchaikowski. Esta última es el prefacio de una ópera, inédita también, que se llama *Romeo y Julieta*. Si M. Tchaikowski no es el primer músico que ha trabajado en el drama de Shakspeare, tampoco es el último de los que lo han hecho con inspiración. Cierta habilidad en el manejo de la orquesta, algunos motivos melódicos de buen efecto, y alguna confusión en el conjunto, hé aquí lo que se puede decir en pró y en contra de la ópera de M. Tchaikowski.

No puedo entregarme en esta Revista á una apreciación particular y detallada de todas las obras que han figurado en los programas de los conciertos. Baste, pues, recordar los títulos: *El diluvio*, y los fragmentos de *Sanson y Dalila*, de M. Camilo Saint-Saëns; *Los heróicos*, de M. Perry-Biagioli; *Ariana*, de M. Marpon; *La hija de Rolando*, de M. Coquard; *La Resurrección*, de M. Salvayre y... la sinfonía de *Harold en Italia*, de Hector Berlioz.

La ópera de *Mazeppa*, de M. Mathias, revela mucho talento; y el *Concierto romántico*, de monsieur Benjamin Godard ha valido un legítimo éxito á este joven autor y al violinista Maulim, su principal intérprete.

El Desierto, de Feliciano David, ejecutado simultáneamente en el Circo y en el Chatelet, ha impresionado profundamente á todos aquellos que por la lectura al piano no habían podido formar más que una idea imperfecta de esta obra tan poética, tan original y de tanto colorido. En ambos conciertos se ha puesto como un homenaje tributado á la memoria del malogrado Feliciano David.

También se han ejecutado en los conciertos populares un *Allegro sinfónico* de M. Lalo, un *Oferitorio* y un *Requiem* de Gounod, bajo la dirección de éste, una *Barcarola* de M. Gastinel, y un *Poema sinfónico* de M. Ten-Brinck.

En la iglesia de San Eustaquio se ha ejecutado el día de Santa Cecilia, bajo la dirección de Gounod, su

bella misa del Sagrado Corazon de Jesus, en la cual los procedimientos del arte moderno se atemperan de la manera más inteligente y más feliz á las severidades del estilo religioso. El *Gloria*, especialmente, es notable por la novedad de su forma, y por el efecto del pianísimo que ha puesto Gounod en el sitio en que hasta ahora era costumbre general desencadenar todas las fuerzas de los instrumentos y de las voces, lo cual prueba que se pueden cantar las glorias del Omnipotente bajo todas las formas y con todos los matices de las más variadas entonaciones.

ERNESTO REYER.

De la Academia de Bellas Artes de París.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo de Madrid.

CÁTEDRA DEL SEÑOR VILANOVA.

GEOLOGÍA AGRÍCOLA.

VIII.

Señores: Continuando el exámen de las diferentes tierras que comprende el cuadro de clasificación propuesto en la lección última, debemos empezar por las variedades comprendidas en el primer grupo, que es el de suelos arcillosos por excelencia, cuyas propiedades quedan indicadas, así como las plantas que á él mejor se adaptan.

La primera variedad de este suelo arable, es la llamada arcilloso-ferruginosa, tierra muy frecuente en la Mancha Baja, en varias comarcas de Teruel, de Valencia, Alicante y de Castellon, donde sus materiales proceden de la destrucción mecánica y acarreo de los materiales de los terrenos triásico, jurásico y cretáceo, entre los cuales abunda la arcilla teñida de distintos matices por diferentes óxidos de hierro y manganeso. El peróxido del primero de estos metales comunica un color rojo más ó menos subido; el hidróxido lo da amarillento, y el de manganeso completamente negro: de estas tres combinaciones resultan tierras de tintas y propiedades algun tanto distintas, segun sea la proporción en que entra el hierro ó el otro metal, pues si llega hasta el punto de convertirse la arcilla en ocre, en este caso la roca más bien se explota por sus aplicaciones á la Industria que á la Agricultura, segun se observa en muchos puntos de las provincias de Castellon, Teruel y otras, donde el terreno cretáceo contiene grandes criaderos de ocre ó almagra y de hematites ó hierro hidroxidado.

De estas tres variedades del suelo arcillo-ferruginoso, puede decirse, aunque no deban establecerse reglas fijas y absolutas, que la única que ofrece alguna importancia es la de color rojo, por cuanto la interposición del peróxido férrico no solo la vuelve esponjosa y algo más hueca y permeable, sino que hace éste las veces de un eficaz estimulante. Por regla general, esta tierra es buena para la vid; precisamente los famosos viñedos de Valdepeñas se

crian en tierras de esta variedad, siquiera en mi concepto deben participar en parte del carácter arenoso, pues las tintas rojas que ofrecen las deben no sólo á las arcillas, sino á la destrucción de la arenisca triásica llamada ródano, que tambien afectan esta coloración, y que siendo abundante, se justifica allí como en muchos otros puntos el enlace que existe entre el suelo geológico y el suelo agrícola. En la provincia de Valencia, aunque no sean muy estimadas las tierras rojas arcillosas, las suelen destinar para el cultivo de cereales y legumbres, y si contienen una cierta proporción de elemento arenoso, al maní, cacahuete ó cacahuate, que suele rendir pingües productos.

Las tierras amarillas son por sí casi improductivas, necesitando grandes cantidades de abonos para hacerlas algo fértiles. Las negras tampoco valen gran cosa, pues, por regla general, el manganeso no conviene á las plantas. Si á la arcilla se agrega la caliza, lo cual se conoce por la efervescencia que dan las tierras tratadas con los ácidos; si este nuevo elemento mineralógico se presenta en forma de gravas, pequeños cantos ó de arenas, participan en parte del aspecto y propiedades de las tierras arcilloso-arenosas; pero si la caliza se interpone bajo el aspecto de polvo, más ó menos fino, resultan las tierras arcillo-margosas, frias y húmedas, en las cuales se pierden, por exceso de humedad, las cosechas en tiempos muy lluviosos. El alforfón, el trigo negro, las patatas, los nabos, la algarroba y el trigo, son las plantas que mejor se adaptan á estos suelos.

La mezcla de la arena con la arcilla da origen á los suelos arcilloso-arenosos, sobre todo si la sílice entra en proporción notable, llamadas tambien tierras fuertes y francas, segun la cantidad respectiva de ambos elementos. En las primeras, se da bien el trigo y toda clase de cereales y la vid; las segundas son por extremo feraces, sobre todo, si á las dos sustancias indicadas se agrega la caliza térrea ó pulverulenta, que es lo que por regla general se nota en los depósitos diluviales de los grandes rios, por cuya razón se llaman tambien tierras del loess ó lehm. Concurre á darles tan excelentes condiciones, no solo la presencia de los tres elementos, con predominio del arcilloso, sino tambien la abundancia del mantillo de transporte. La mayor parte de las más ricas vegas de la Península se hallan representadas por estas tierras, en las cuales se nota, no solo una extraordinaria variedad de cultivo, sino tambien, y como consecuencia natural, la mayor densidad de población. Hablen por mí las feraces vegas de Córdoba, Sevilla, Granada, Valencia, Zaragoza, etc.

A este grupo pertenece tambien el suelo de la mayor parte del término municipal de Madrid, siquiera le falte en general el elemento calizo, segun demuestra el mapa agronómico ó euforimétrico que teneis á la vista, y que, segun indiqué en la lección ó conferencia última, se hizo bajo mi dirección en la Escuela catastral de la Estadística. Tambien aquí se echa de ver de un modo claro y evidente el enlace entre el suelo agrícola y el geológico, ya que aquel procede y forma parte de éste, siendo ambos resultado de la secular destrucción y descomposición química de las rocas y terrenos de la inmediata sierra. La fertilidad de todas las tierras de los alrededores de la capital se justifica en la Moncloa, Retiro, Casa de Campo y en todas las huertas donde no escasea el riego, y hasta en las plantaciones

que como embellecimiento y salubridad se hacen en el interior de la población, donde si bien el hombre ayuda mucho con sus cuidados, lo cierto es que las plantas de adorno y los árboles se desarrollan de un modo asombroso. La adición de una cierta cantidad de cal ó de caliza mejoraría mucho los campos madrileños, donde en particular las cereales se dan muy bien y rinden grandes productos, á pesar del desfavorable concepto que de ellos tienen la generalidad de los labradores que no los conocen, juzgando tan sólo por el estado de agostamiento que en temprana estación suelen ofrecer. Y si se quiere una prueba de ello, fijese tan sólo la atención en lo exquisito de las verduras y hortalizas, muy superiores á las que proceden de otras comarcas al parecer más ricas, en las que si se produce más, la calidad de los productos naturales es sin comparación muy inferior. Por regla general, estas tierras son excelentes para cereales, y las legumbres y forrajes se darían infinitamente mejores si se empleara el yeso como su especial abono, según se practica en otros países más adelantados: afortunadamente dicha sustancia no escasea, antes abunda, formando parte del terreno terciario, mezclada y alternando con las arcillas que sirven de asiento á la formación diluvial, y en muchos puntos, particularmente hacia el Sur de la población, al suelo agrícola.

Consiste la buena calidad de las tierras de Madrid, dígame lo que se quiera en contrario, no tanto en la cantidad de mantillo que contiene, que no suele ser mucha por lo común, cuanto en el predominio del elemento arcilloso, y en la potasa, algo de sosa y sílice en estado naciente, productos todos de la descomposición de los feldspatos, de los granitos, pórfidos y gneis que representan la casi totalidad de la estructura geológica de la inmediata sierra. También pone el ensayo en evidencia bastante cuarzo y no pocas hojuelas de mica, cuya descomposición siquiera escasa y paulatina, va suministrando á las plantas muchas sustancias útiles. Además es muy frecuente encontrar entre los productos del ensayo de tierras de Madrid gran número de pequeñas porciones cristalinas y de verdaderos cristales muy diminutos de feldspato, cuya lenta pero incesante descomposición contribuye eficazmente á mantener la fertilidad del suelo.

En la próxima lección estudiaremos los suelos arenosos y sus diferentes variedades.

JUAN VILANOVA.

16 de Enero de 1877.

CÁTEDRA DEL SEÑOR VIDART.

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA.

Después de resumir las ideas generales que había expuesto en la conferencia anterior, dijo el señor Vidart que en la historia militar había que distinguir dos aspectos: el aspecto científico de las cuestiones militares, que abrazaba todo lo concerniente á lo que los tratadistas solían llamar política militar, y la manifestación de la vida militar en esos hechos de universal resonancia que se llaman guerras internacionales, ó en esas luchas tristes que se llaman guerras civiles. Hizo algunas consideraciones acerca de las diferencias que existen entre las guerras internacionales y las guerras civiles, recordando aquellas generosas palabras: *Todas las guerras son civiles*, las cuales serán una gran ver-

dad cuando la humanidad constituya una sola familia y desaparezcan los odios de raza á raza y de nación á nación, que ahora la dividen.

Insistió en la diferencia que existe en la guerra considerada como origen de una ciencia con principios fijos é inmutables, y la aplicación de estos principios á la lucha armada entre colectividades humanas, lo cual constituye el arte de la guerra.

Para probar la verdad de sus aseveraciones, puso como ejemplo la pintura, en la cual, mediante principios de evidencia científica, se podían determinar las condiciones que debía tener un cuadro de historia, y que el mismo que esto supiera podría no ser capaz de dibujar ni siquiera una mano; pero que lo contrario no sucedía, es decir, que el más notable dibujante y colorista, si ignoraba todas las condiciones que debía llenar un cuadro de historia, seguramente que no podría pintarlo. Dedujo de aquí que la verdad científica, conocida intuitiva ó discursivamente, era necesaria para la concepción artística, citando las palabras profundas de un pensador que dice que hasta el genio es la más alta conformidad con las reglas del arte.

Recordó que uno de nuestros más ilustres escritores militares contemporáneos, el brigadier don José Almirante, se había empeñado en negar la existencia de la ciencia de la guerra, pero que arrastrado por la evidencia de los hechos, este mismo escritor había tenido que buscar una hábil distinción entre arte militar y arte de la guerra, diciendo que el arte militar abrazaba la totalidad de los conocimientos necesarios para la preparación á la guerra, para la organización militar que permanentemente debe existir en el Estado; y que arte de la guerra era el que se constituía con los principios necesarios para la aplicación del ejército, ó en general de toda fuerza armada en los casos de guerra. Afirmó que en el fondo de esta distinción que hace el brigadier Almirante, está la verdadera diferencia entre la ciencia y el arte de la guerra.

Manifestó que su propósito en estas conferencias era hacer algunas indicaciones acerca de la historia militar de España en su aspecto científico, y que para realizar su propósito encontraba graves dificultades; indicando que la historia de los hechos era fácil, considerada en un conjunto, pero que la historia de las ideas era muy difícil, porque había siempre el peligro de que juzgásemos el pasado con el criterio del presente, y que por un fenómeno de óptica todo lo viésemos del color del cristal por que ó *con que* miráramos; peligro grave que había inspirado á un poeta contemporáneo, el Sr. Campoamor, aquellos escépticos versos:

Que en este mundo traidor
Nada es verdad ni mentira;
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

Añadió que sobre esta dificultad general, existía otra en lo tocante á la historia militar de España: la falta de historiadores y de monografías en que se haya tratado de estudiar *ad probandum* las causas fundamentales de nuestras victorias y de nuestras derrotas en los campos de batalla. Dijo que si existiesen historias militares con tendencia filosófica, en ellas precisamente habría de encontrarse la raíz y el espíritu de nuestras instituciones militares.

Para indicar la oscuridad que reinaba en esta parte de la historia militar de España, recordó las

controversias que existían acerca de la Santa Hermandad, considerada por algunos escritores como el origen del moderno ejército permanente, y por otros como una institucion de seguridad pública, muy semejante á nuestra actual Guardia civil.

Dijo que la historia de la guerra era hasta ahora la historia de la humanidad, y que por lo tanto la historia militar de España, considerada en su conjunto, sería casi la totalidad de la historia de España; y que esto era así, porque hasta ahora, históricamente consideradas las leyes de la humanidad, todo se habia resuelto por la fuerza, pero que quizá pudiera decirse que allí donde no habia fuerza, raras veces habia razon.

Recordó el dicho de Montesquieu: ¡Dichosos los pueblos cuya historia es fastidiosa! Y dijo que España no tenía esa dicha, pues su historia era una serie no interrumpida de guerras y trastornos, decadencias espantosas y sublimes resurrecciones; que la historia de España asombraba y suspendía el ánimo de todo el que atentamente recorriese sus inmortales páginas.

Indicó que si se quisiera marcar un carácter distintivo del pueblo español, podría decirse que era el amor á lo imposible, amor heróico y grande, origen de altísimas glorias cuando realiza su anhelo, y de espantosas caidas cuando, semejante á Ícaro, el sol de la realidad derrite las alas de cera de sus deseos y se despeña en el abismo del irracional absurdo. «El amor á lo imposible, dice el orador, nos hizo sucumbir con gloria luchando contra las poderosas huestes romanas y enseñar á Europa cómo podian ser vencidas las hasta entonces invencibles águilas francesas del primer imperio napoleónico. El amor á lo imposible nos hizo descubrir un mundo y conquistar con un puñado de aventureros los inmensos territorios de la virgen América. El amor á lo imposible realizó aquellas épicas hazañas de los Almogávares, que parecerian increíbles, si se refiriesen en una obra de aмена literatura. El amor á lo imposible ha realizado gloriosos portentos en esta tierra de España; pero, triste es decirlo, ese mismo sentimiento fué el que nos hizo creer en la posibilidad de unificar las creencias religiosas por medio de la coaccion material; ese amor á lo imposible nos desvió de las corrientes de Europa en la época del Renacimiento, y atizó el fuego de las hogueras de la Inquisicion, y creó la España de Carlos II, hechizada por el demonio de la supersticion, y la España oficial de Carlos IV, degradada por el escándalo y esclava de ineptos cortesanos y menguados favoritos.»

Para terminar, dijo que el amor á lo imposible, que políticamente considerado nos habia ocasionado grandes daños, constituía el timbre más glorioso de nuestra historia militar, pues en asuntos de guerra la confianza en sí mismo era prenda segura del triunfo, y hasta en ocasiones determinaba el resultado de los hechos ya pasados, pues un profundo escritor militar habia dicho con razon, que la batalla estaba ganada por el que creía que la habia ganado, y perdida por el que creía que la habia perdido.

MISCELÁNEA.

El algodón de cristal.

En Alemania, y especialmente en Austria, se emplea en los laboratorios un filtro bastante original y poco conocido en Francia. Los servicios que presta son muchos é importantes, segun la comunicacion que ha presentado M. Limousin á la Sociedad de Farmacia.

Se llama el *glaswolle*, y para los que no entienden el alemán, diremos que esta palabra significa seda de cristal ó algodón de cristal. En efecto, esta sustancia no es otra cosa que cristal batido en hilos tan delgados, que sólo pueden compararse á los de la seda ó el algodón. La fabricacion de estos hilos exige procedimientos que no son bien conocidos, pues en Bohemia, que es la única comarca en que se emplean, sólo dos fábricas poseen su secreto y monopolio. Sea como quiera, el algodón de cristal, visto en masa, se parece sencillamente al algodón; los filamentos que le constituyen, más fáciles de romper por la traccion, poseen una extremada flexibilidad; su mismo aspecto aleja toda idea de una sustancia mineral.

Gracias á su inalterabilidad, este algodón se presta á numerosos usos en el laboratorio, sea para filtrar soluciones alterables, sea para recoger los precipitados y facilitar su peso. Si se quiere calcinar un compuesto insoluble sobre el filtro que lo ha separado, se encontrará en el crisol, con el residuo previsto y sin mezcla de cenizas extrañas, un pequeño glóbulo de cristal representando todo el filtro. Si se quiere servir indefinidamente del mismo filtro, bastará lavar éste en mucha agua despues de cada operacion y secarle. Es inútil insistir sobre las ventajas del algodón de cristal: tiene otra, además de las señaladas por M. Limousin, la de prestarse á la fabricacion de pinceles inalterables por los licores que se emplean en los estucos, tales como las soluciones de ácido crómico, nitrato de plata, tinctura de iodo, etc.

E. FERRAND.

Los nombres musulmanes.

Los musulmanes no tienen nombres patronímicos ó apellidos de familia. El nombre se extingue con la muerte del que lo usa, y no pasa á los descendientes. El dia en que se nombra al niño, que es el sétimo ú octavo despues de su nacimiento, se verifica una gran fiesta de familia entre los árabes de Africa. El padre ó el abuelo, despues de haber orado por el recién nacido, proclama su nombre en alta voz, pero teniendo cuidado de decirlo ántes al oido del niño.

Los nombres usuales entre los musulmanes pueden clasificarse en tres ó cuatro grandes categorías, de las cuales no se separan jamás.

En primer lugar, los nombres de los patriarcas y de los profetas, segun esta sentencia atribuida á Mohamed: «Dad á vuestros hijos nombres de profetas.» De aquí, sin duda, los nombres de Ibrahim (Abraham), Soliman (Salomon), Mussa (Moisés), Daoued (David), Aissa (Jesucristo), Mohammed,

Hamed, Mahmud (estos tres últimos nombres, de Mahoma sobre la tierra, en el cielo y en los infiernos), etc., etc.

Después, los nombres de los que han trabajado en el establecimiento y la propagación del islamismo, como Osman, Omar, Alí, etc., etc.

La tercera categoría es la de los nombres que empiezan por Abd (servidor), como Abd-Allah (servidor de Dios), Abd-el-Kader (servidor del poderoso), Abd-el-Kerim (servidor del generoso), Abd-el-Bahman, Abd-el-Azil, y así sucesivamente para la mayor parte de los *noventa y nueve atributos de Dios*.

La cuarta serie es la de los nombres que terminan en *din* (religion), como Salah-eh-Din, Saladino (el restaurador de la religion), Mehed-Din (dirigido por la religion), Krair-ed-Din (el bien de la religion), Gelal-ed-Din, etc.

M. Valmi Estherazy, en un excelente volumen que ha publicado sobre la Argelia, añade á estas nomenclaturas ciertos nombres compuestos, como Hamed-el-Abd y sus diminutivos Hamed-el-Abid, y los que son puramente adjetivos, como Hassan (bello) y sus diminutivos, como Hossein, Hakem (poderoso) é Hikem, Saïd (feliz), Reschid (justiciero), Mustafá (elegido de Dios), etc.

Para reconocer las individualidades en el círculo estrecho de nombres, por la supresión de los apellidos de familia, los musulmanes usan frecuentemente apodos y sobrenombres, los cuales cuando no son una calificación, como El-Kabir (el grande), El-Requiq (el delgado), empiezan por la palabra *bon* (pere).

Algunas veces el padre abandona su nombre para tomar el de su hijo ó su hija. Estos nombres comienzan generalmente por Abou, como Abou-Taleb (el padre del Taléb), Abou-Hanifa, Abou-Bekre (el padre de la virgen); este fué el nombre que tomó el suegro de Mahoma cuando le dió su hija en matrimonio.

Las madres hacen lo mismo respecto á sus hijos, y así hay nombres de mujer que empiezan por Om; Om-Kaltum, Om-Habiba (la madre de Kaltum, la madre de Habiba), etc.

Los nombres de mujer no solamente han de ser significativos, sino lisonjeros, como Zahra (flor), Zethira (fecunda), Saida (feliz), Zobná (blanca como la leche), Lulu (perla), Delifa (graciosa), Djemira (bella), etc., etc.—F. DE M.

Los árboles gigantes.

Un botánico californiano ha enviado á la *Rural Press* la medida exacta de los famosos *big trees*, ó árboles gigantes de California, que acaba de estudiar.

El *padre de la selva*, que se decía había recibido las aguas del diluvio, debe tener ahora 1.500 años. Su diámetro no es, como se ha descrito, de 40 piés, sino solamente de 18, á una distancia de seis piés de las raíces.

El relato de los viajeros que han pasado á caballo por la abertura que existe en el tronco de este árbol gigantesco, no es exagerado. Diez caballos pueden penetrar á la vez por la cavidad, dar la vuelta y salir por el otro lado.

Segun las medidas del botánico californiano, otros árboles situados en el South-Park tienen mayor

diámetro que el padre de la selva: el llamado *Trupper Smith*, tiene 90 piés de circunferencia y 30 de diámetro.

Origen de los tranvías.

En estos tiempos de tranvías es curioso conocer el origen verdadero del medio de transporte conocido con este nombre. Es probable que ya se usara en los distritos mineros mucho ántes de lo que indica la tradición. En todo caso, el primer tranvía público se estableció en Inglaterra en 1801 con autorización del Parlamento; estaba servido por caballos y exclusivamente destinado al transporte de carbon desde los almacenes á los puntos de embarque. El concesionario era un tal *Outram*, y por este nombre se adquirió la costumbre de llamar *outramvías* á los caminos de rails, convirtiéndose después esta palabra en tranvías.

La producción literaria en Alemania, en Italia y en Inglaterra.

En el imperio alemán se publican actualmente, segun el *Catálogo de la prensa periódica* que acaba de ver la luz, 1.591 periódicos, sin comprender los oficiales, administrativos, de anuncios y los consagrados á los establecimientos de aguas minerales. De dicho número corresponden á Prusia 815 y á los demás estados del Imperio 776. Dentro del territorio de Prusia, la provincia del Rin es la que publica más periódicos, 158, y la de Hohenzollern la que publica menos, 40. La provincia de Brandeburgo figura en cuarto lugar, con 81 periódicos. En Berlín aparecen 29. Después de Prusia, Baviera es el territorio alemán que publica más periódicos, pues figura en la estadística con 200; después sigue Laponia, con 141; Wurtemberg, con 100; Baden, con 88; Hesse, con 58, etc., etc.; y, por último, los pequeños principados de Lippe-Detmold, Schaumburgo-Lippe y Waldeck, en cada uno de los cuales se publican dos periódicos. En la citada cifra de 1.591 periódicos no se comprenden 31 especiales.

Al lado de esta estadística relativa al imperio alemán, debemos colocar otra sobre el mismo asunto, pero concerniente á Italia y que también se ha publicado recientemente. El número de periódicos que actualmente se publican en Italia, es el de 1.126, de los cuales aparecen en la provincia de Milan 138. Segun la circulación se calcula que entre todos los periódicos reunidos se reparte un ejemplar por cada 15 habitantes, y se publica un periódico por cada 32.000 almas.

En Inglaterra la publicación de libros se ha elevado en el año 1876, segun el *Publisher's Circular*, á más de 10.000 obras nuevas entre primeras y segundas ediciones. La teología está representada en esta cifra nada menos que por 477 obras nuevas y 216 nuevas ediciones, sobre asuntos bíblicos y sermones. La literatura de imaginación figura, después de la teología, por 352 obras nuevas y 205 reimpressiones.